Práctica del Ensayo

Tiempo y Destiempo

por Gulliver cuzqueño

Trabajo finalista en el Concurso Internacional de Ensayo convocado por la ciudad de Weimar, año 2000.

"Podemos llegar a constructores de nuestro destino
cuando dejemos de jugar a ser profetas"
— Karl Popper,
The Open Society and its Ennemies, 1945

"El presente es perpetuo"
— Octavio Paz, 1968.

¿Liberar al futuro del pasado?
¿Liberar al pasado del futuro?

Tema obligatorio. El Concurso de la ciudad de Weimar fue internacional y fundado en una única pregunta para todos los participantes, que desde cualquier lugar del mundo, y desde siete lenguas, debería por igual intentar resolver. Una suerte de ejercicio mental, pero como en algunos deportes (danza, gimnasia) de ejecución obligatoria en la forma, y no, claro está, en los contenidos que fueron absolutamente libres.

Definición de términos. Sentido del enunciado.

Rara vez se invoca el futuro al lado del pasado. El futuro, por lo general, es un tiempo que abre las alas, que se aleja. A esa sorpresa de anexarle un ascendiente que acaso no quiera, se suma otra. La de un ayer dependiente y encadenado a la idea que de él se haga la humanidad que vendrá, los *futuri homines* como los llamó Cicerón (*República*, 6, 23). El concurso de "Letra Internacional" pareciera proponer una paradójica memoria o recuerdo del mañana. E incitar a meditar acerca de los vínculos del porvenir con los tiempos que lo precedan. ¿Es ello posible? Y sobre todo, ¿es un proyecto sensato, inteligible?

***

Una serie de interrogaciones. Para cernir, limitar, el enunciado del Concurso.

El futuro es lo que todavía no ha llegado, el tiempo por esencia de lo indeterminado. Y si no sabemos lo que nos reserva el porvenir, como dice la conseja popular, con menos razón podríamos atisbar la idea del pasado que se harán los hombres venideros. ¿Qué del patrimonio heredado, conservarán? Sus ciudades, ¿serán más altas y más vastas que las nuestras? ¿Acrecentarán nuestros errores? Y si bien París y

Londres tienen ya mil años, también es posible que puedan olvidarnos como lo hemos hecho con Babilonia, Nínive o Tebas, vueltas al polvo. Cada época inventa sus propios antecedentes. Se dota de un linaje, de una memoria, de una historia. Malraux señalaba lo efímera que es la idea contemporánea del Museo, ligada a una concepción de lo imaginario y del arte, a las metamórfosis de lo sacro, que pueden no ser del gusto de otras culturas y mentalidades. No sabemos tampoco si los que vivan en el trasmañana, tomarán como modelo los héroes de nuestro tiempo, o en un viraje inesperado de valores (la historia es también sorpresa, orden y desorden, caos creador) se inspiren en la moral de grupos sociales que hoy consideramos marginales, dulces "hippies" de los sesenta, ecologistas, antiproductivistas; o en la cosmovisión de esta u otra —por ahora— oscura secta.

Cuestionamiento previo. "No sabemos tampoco…"

El tema propuesto (que hemos preferido colocar, líneas arriba, como subtítulo) establece relaciones entre el pasado y el futuro con un par de enunciados. Semánticamente, sendos tiempos ya se encuentran en el antefuturo de Bello, "habré soñado". Aquí, sin embargo, se trata de algo más. No solo se oponen y vinculan, sino que entran en permuta, canje, en influencia recíproca, es decir, en interacción. Recuerdan la doble hélice del ADN, fecunda como se sabe en variaciones genéticas. La posibilidad de un futuro que necesitase desprenderse (o afirmarse) ante el pasado y la de un pasado que tuviese porvenir, no puede dejarnos indiferentes por la simple razón que nos involucra. Somos, nos guste o no, el ayer del tiempo venidero. Tiempo pretérito de una imprecisa mañana. El doble juego de preguntas abre, como puede observarse, diversas posibilidades. De ahí este introito, una mínima exploración.

El asunto en juego. La problemática. Es decir, el doble sentido de la pregunta del Concurso (ver Glosario)

El tema se prestaba a una reflexión sobre el tiempo, no el de la conciencia individual o interior de Bergson ni las paradojas de los relojes que nos ha dejado

Einstein, sino la visión y el sentimiento, la percepción religiosa, el tiempo diverso de las culturas. No es la misma la concepción del tiempo de la cultura china, hindú, judaica, africana, islámica o latinoamericana. Consigno ese hecho, sin extenderme. Aunque insisto en decir que un tiempo pasado que se vuelve porvenir —una de las preguntas de Weimar 99— no es novedad en la historia de las ideas en la América Latina, aparece centralmente en la concepción de la historia mexicana en *El laberinto de la soledad* de Octavio Paz, la misma revolución de 1910, como revolución y como retorno. También esos tiempos que son uno y varios se hallan en las novelas de Carlos Fuentes. No son solo recurso literario sino concepción de un tiempo múltiple. Dédalo y brújula a la vez.

Determinación y Profundización del tema de Fondo: "el tiempo y las diversas culturas". China, hindú, la latinoamericana.

El pasado es capaz de retorno.

Pero, los futuros entreverados del certamen, ¿son dialéctica o son aporia, es decir, imposibilidad? Igual deslinde concierne a su par contrario, ese pasado capaz de retorno. Hay como un eco de un reciente debate europeo, ¿no se hablaba de una nueva edad media? . En cualquier caso, andamos ya a campo traviesa, más allá del sentido común que separa nítidamente uno y otro tiempo semántico o cronológico. La doble interrogación a la que atendemos, viene a colocarnos ante otra cosa. Ante lo que suele llamarse una paradoja. La paradoja es, como se sabe, un razonamiento a través de antagonismos formales, lo que permite abrir nuevos sentidos aunque se destruya el cuadro conceptual en el cual la propia paradoja se elabora.

Pasado y futuro forman parte de un sistema lingüístico que concibe el concepto del tiempo, "innato al espíritu humano" (Noam Chomsky). La conciencia del transcurrir es, sin embargo, parcial e incompleta si no se agrega el tiempo del enunciante, de aquel que habla. Dicho de otra manera, la convocatoria no es ajena a la emoción de la proximidad a un III Milenio. Y si bien es cierto que la inminencia del año 2000

Chomsky.
Su teoría de lo innato.

III Milenio y unas referencias.

provoca una moda estética, comercial y cultural, no deja de ser verdad que varias y formidables mutaciones acompañan la historia de este fin del siglo veinte. Un protagonista tácito o explícito, es el tiempo presente, con su carga de dudas e inquietudes, recordarlo no es inútil. Vivimos en una época cargada de presagios, de un fin de siglo, fin de milenio, fin de muchas cosas; en un tiempo en que prosperan las ciencias y la exploración de la vida o del espacio, pero también es tiempo de magos y de la astrología, de crisis de las Iglesias y de las ideologías, de retorno de lo irracional, de la aparición de nuevas religiones, del hundimiento de las viejas certezas, en suma, de enorme incertidumbre. Del imperio de las comunicaciones y de una modernidad que se interroga y se niega (denominándose posmodernidad). De una inquieta razón ante los límites de la epistemología científica y el desorden mundial de la economía. Se ha dicho, incluso, que es el retorno del Dios Caos (P. Thuiller). Pues bien, de esos caldos y licores, proviene lo que aniega la actual interrogación del porvenir, sin que sepamos si celebran el bautizo de una nueva época o la senectud de la misma.

¿El futuro es nuestro mito en un tiempo sin mitos ni proyecto colectivo? ¿La secreta creencia que reemplaza el lugar que ocupara la utopía social? Pocas civilizaciones se han sentido tan concernidas como la de civilización planetaria de este final de siglo, por la obsesión del tiempo y de la historia, es decir, por la idea de la muerte, y a su vez, por su contrario: la creencia en el propio vigor, en la continuidad. Nos habita la convicción, en nada tranquilizadora, que el saber humano puede ahora modificar muchas cosas, incluso el curso mismo de la evolución, vale decir, la materia viviente, la vida, al propio hombre. La humanidad enfrenta uno de sus más importantes virajes. Acaso el más importante desde la gran revolución del neolítico.

Por fin, la problemática. El momento decisivo en toda disertación. Hay una tarea esencial, no siempre visible. El comentario de texto debe centrarse en ese esclarecimiento.

Resumamos: contaminación paradójica del tiempo pasado y futuro, un porvenir que forzosamente nos involucra, pretérito que ya somos. Conviene indicar lo que puede tomarse como lo esencial en la doble hélice de la interrogación inicial, en suma, la problemática. Me animaría a resumirla de la manera siguiente: sea cual fuese nuestra idea del futuro, continuación o ruptura, prolongación del mundo actual o inesperado viraje, infierno tecnológico o paraíso de bienestar donde se haya suprimido la enfermedad y la miseria, "en donde se haya pasado del reino de la necesidad al de la libertad", (K. Marx) toda reflexión que emprendamos —adivinación, intuición, vislumbre— implicará, inevitablemente, la idea que nos hacemos de nuestro propio tiempo. En el presente están, maléficas o benéficas, las semillas del porvenir. La problemática es, pues, doble. El futuro como continuidad o como bifurcación. Y simultáneamente, la autoconciencia de nosotros mismos. El examen de nuestras potencialidades y de nuestros límites. Meditar acerca de las cuestiones planteadas, más que futurismo —tan a la moda— es prospección e introspección. Exploración y retorno. Tiempo y destiempo.

***

El futuro, la otra parte de la cuestión inicial.

La flecha del tiempo ha intrigado siempre a los hombres. Desde la antigüedad a nuestros días, el futuro clava sus dientes en géneros y literaturas enteras: relato de viajes y aventuras, cuentos fantásticos, leyendas, descripciones de etnología imaginaria. Las historias del porvenir son pretextos para describir otras forma de Estados, de religiones, de sociedades, de otras humanidades. Miseria de la realidad, opulencia del sueño. De los cuentos árabes a la ciencia ficción, del romanticismo sombrío y el trato con lo sobrenatural a las paradojas del tiempo en los relatos contemporáneos

de anticipación, resulta inabarcable la celebración de la errancia física y metafísica. De ese vasto tapiz, retendré apenas unos hilos.

Primera idea : las utopías. O sea, hubo otros umbrales del futuro. Revisión del papel de las Religiones. De los Mitos.

En los inicios están las utopías. Olvidadas y vueltas a tomar, nunca agotadas. Pondría en segundo lugar, al mesianismo judío. Resulta paradójico que dirigiéndose los profetas a un pueblo en particular, dieran con lo universal. Lo que sigue es, pues, la escatalogía cristiana: la promesa de una tierra nueva en la que el ángel de la muerte rompa su guadaña. Utopía y religiones mesiánicas se enfrentan. La primera es una sincronía histórica que fija para siempre los rasgos de una sociedad ideal. La segunda una diacronía de la fe que camina hacia un final prometido. Ambas, cosmovisiones ebrias de infinito. En realidad se anulan y combinan, se mezclan y confunden, se entredevoran. La primera herencia es Atenas y Jerusalén. La segunda, el Renacimiento. Los Tiempos Modernos añaden a la errancia antigua su realismo, la preocupación por el poder y el Estado. En vez del socialismo celeste, las revoluciones posibles. Desde el XIX un nuevo dios irrumpe. Es el saber científico y los poderes de la técnica. Desde entonces, el destino colectivo es dependiente de la fabricación de máquinas. No es el mismo sueño, sin duda, el hallazgo de la tierra de los Atlantes o de las islas bienaventuradas de los intentos de los falansterios del XIX. Con ellos comienza un nihilismo activo, atento a los procesos sociales que trae consigo la sociedad industrial. En la literatura bajo influencia del vigor del maquinismo, lo fantástico que hasta entonces es leyenda y fábula, deja paso a uno textos que no quieren ser leídos como memoria de una edad de oro perdida, sino como anticipación, a la vez crítica del presente y colonización del futuro. Pondría por igual en este género *El Capital* de Marx y *Los viajes de Gulliver* de Swift. Un segundo cambio ocurre recientemente. Es un cambio visual y espec-

tacular. Ya no se lee solamente, se mira y se asiste a lo extraordinario. Los viajes del espacio vuelven familiar —otros planetas, otras puestas de sol— lo que para generaciones de seres humanos fue materia de viñetas o estampas de afiebrada imaginación. Hoy lo inimaginable se amalgama con lo cotidiano. De Hesiodo a nuestros días, ¿del Cosmos cerrado, al Cosmos ilimitado?

Nuestro tiempo: la importancia de lo visual.

I. Platón, Tomas Moro, Jules Verne, Viking II

Siguen los ejemplos. Para sustentar la 1ª idea: no es la primera vez que el futuro es materia de reflexión.

El futuro es nuestra más visitada temática —viaje a los planetas, a las estrellas— pero la expedición científica de nuestros días no es la primera exploración de lo desconocido. No pienso únicamente en los grandes descubrimientos del XVI que cambiaron al mundo. Mucho antes incluso, hubo algo que los preparó, hubo errancia, invención y desatada búsqueda del país sin pena ni miseria. Homero introduce a Odiseo en el jardín encantado "donde todos los bienes son comunes". Donde no había ni vejez ni muerte. Los griegos, como se sabe, pensaban en una era de oro que les precedía, pero combinaron, y soberbiamente con Platón, retrospectiva, perspectiva y leyenda. ¿Cuándo los navegantes, desde la fábula y la leyenda, sospechan que las islas bienaventuradas están en algún lugar de los mares? Se responderá con certeza que desde las utopías renancentistas, sin dejar de lado un milenio de promesas escatológicas del cristianismo y la obra de zapa de los milenarismos. Desde el XV, sin duda, aparece la utopía moderna, que es isleña. El país de la abundancia, de Ofir y la canela, geografías fantásticas anteriores a los grandes descubrimientos. Vasco de Gama o Cristóbal Colón surcan un océano de huracanes y prodigios, de desconocido bestiario, poblado

de quimeras, los manatíes grandes como vacas que Acosta dijo haber visto en Barlovento, mientras Eolo, el dios del viento, sopla en las frágiles cartas de marear. Viaje, errancia, utopía y esperanza celeste y terrestre recombinaron la doble herencia cristiana y griega. El resultado es un nuevo ciclo de utopías, llamadas modernas, mejor, renacentistas. More, y lo que llamara "bagatela literaria", la isla de Utopía; la *Ciudad del sol* de Campanella, y Francis Bacon y su *Nueva Atlántida*. Nacimiento de un género, o continuación de la especulación platónica y agustiniana? ¿Eterno retorno o no será que siempre hay algo nuevo bajo el sol? Un linaje de utopistas impregnados de política y religión, preparan los modernos despotismos, pero también, cambios, reformas y mejoras. El legado es inmenso, vario, son numerosos, les acompaña la risa de Rabelais, y mucha es la especulación en torno a reinos utópico-cristianos (incluiría, con gusto, al cusqueño Garcilaso de la Vega, el inca, al lado de Andreae, Hartlib y de Samuel Gott). Un poco más tarde, llega la hora de los utopistas franceses: Voltaire, Fontenelle, Restif de la Bretonne. Diderot. ¿No es Cyrano de Bergerac quien nos hará visitar los imperios de la luna? Viaje y anticipación son los preparativos a la aparición de Swift y de la amarga fábula moralizadora del relato del viajero Gulliver. En algún momento la utopía se contagia de experimento social. Es Lamennais y su liga de justos, o la sociedad construida con nuestros apetitos sexuales y no contra ellos de Charles Fourier. Es el nuevo cristianismo industrial de Saint-Simon. Llegamos a la ribera de Marx, y al tiempo presente: Huxley y Georges Orwell. A la intronización del relato científico de anticipación, al estallido de la ciencia ficción.

De Homero a Cristóbal Colón, a Marx, a Orwell. En medio de ellos, el cusqueño Garcilaso de la Vega.

No es casual que se inscriba aquí el nombre de Jules Verne, un francés, un europeo, un hijo de un siglo de hierro y de vapor, de sociedades científicas y

expansión colonial. En el siglo XX, la ciencia ficción será un aporte inmoderadamente norteamericano. Ahora bien, desde Verne, las utopías aereonáuticas y explorativas, comienzan a tomar el perfil con que las conocemos. Narran lo que en gran parte ya es posible, la vuelta al mundo, los viajes en globo. Hay audacia en la idea de enviar un proyectil de la tierra a la luna o en la concepción de un navío bajo el agua. Pero de lo maravilloso Verne nos desliza hacia lo probable. Es propio del XIX realizar ese tránsito sustancial. Si los protagonistas de las utopías habitaban un lugar que está en ninguna parte, la anticipación de Verne es conquistadora, su territorio no es de ese mundo pero sí del nuestro. Hace poco se editó su *París en el siglo XX,* un inédito, datado en 1864. La flecha futurista se clava no lejos de la realidad. Transmisión a distancia de documentos, motores a gas, anticipación del fax, la televisión, los trenes elevados. Resulta tonto lo que han dicho algunos críticos, que el novelista extrapola las innovaciones técnicas de su tiempo. En cambio, dos cosas resaltan en ese libro tardío. De un lado, la desastrosa extrapolación política y literaria. Europa controlada por una dictadura científica, sin el gusto por los libros y la cultura, gobernada por Napoleón V. Del otro, el éxito de Verne al apostar por la continuidad del progreso técnico y sus aplicaciones. Con lo cual queda demostrado que la profecía política es incomparablemente más riesgosa que la profecía científica.

Ciencia. Verne. Mary Shelley y Frankenstein.

El gran protagonista del nuevo género futurista, incluso un poco antes que Verne, es la ciencia que amedranta. Desde el *Frankenstein* de Mary Shelley (1817) La ciencia guardará en esos tratos con la literatura, la imaginación y el arte, un doble rostro, arcangélico y demoníaco. Una significativa ambigüedad de la que no se libera el siglo veinte, patente en la literatura popular y de entretenimiento, en la serie de histo-

rietas que aparecen regularmente en los diarios por los años veinte, en el cine y la novela de anticipación contemporánea, donde los héroes son malos o buenos con ganas, y a veces las dos cosas. El génesis de esa truculenta modernidad, de esa poesía de lo siniestro es Frankenstein, desde que lo lanzó el romanticismo fúnebre de la Shelley, el cuerpo humano es sujeto de modificación, resurrección, recombinación, simbólicamente hablando (la genética, me temo, pasará al acto en el XXI). El tema lo proseguirá Wells en el relato y el cine, sin duda, pienso en especial en Burgess, *La naranja mecánica* (1962) La ciencia: posibilidad y catástrofe. El espacio: liberación, aventura, pero también amenaza, como en la ficción radiofónica de Orson Welles, en 1938. Y en los filmes, durante los últimos cincuenta años de interminable serie de invasores extraterrestres. Unos para protegernos, pero la mayoría, unos malvados hasta el borde de las uñas, o del tentáculo, que llegan a este planeta con la intención de acabar de hundirnos.

La ciencia. Posibilidad y catástrofe.

Los últimos decenios del siglo los marca la formidable competencia entre la literatura de anticipación y la ciencia aplicada, entre los géneros literarios del horror y la industrialización de la medicina, los viajes, las comunicaciones. Las ciencias invadieron, para bien o mal de nuestras culpas, la realidad, hasta la más simple y modesta parcela de existencia. Y así, la brecha entre lo imaginable y lo probable, entre la narración literaria o artística y la audacia de una ciencia aplicada, se hizo cada vez más estrecha. ¿Eso explica la renovación del género? "Ópera del espacio", concepción no solo de otros mundos sino de otras humanidades, preocupaciones estéticas, filosóficas, religiosas, e incluso sexuales, temática ausente en los clásicos del género, más simples e ingenuos, como si la ciencia ficción, tal vez por la solicitud de otros públicos, tiende hoy a imaginar otras formas de relación

La ciencia-ficción

social sin contentarse, como hasta hace poco, con ofrecernos rayos de la muerte o viajes interestelares. Acaso porque todo eso —láser, sondas espaciales— ya es posible. La utopía abre las alas pesadamente, en los días de Viking I y II.

Los viajes interestelares

Algunas preguntas se abren paso. El cine puede proponer filmes que combinen espectáculo y teología, como *2001, Odisea del Espacio*, de S. Kubrick, en la que la lucha del astronauta contra Hal, el ordenador, puede asimilarse a la lucha del bíblico Jacob contra el Ángel, y la prueba es que el premio a la victoria es prácticamente la inmortalidad, pero la idea que la misión hacia Júpiter, la segunda parte del filme, tenga contenidos trascendentes, no fue lo que le ganó una inmensa audiencia. La gente frente a la aplicación de los Discovery, reales o cinematográficos, tales preguntas cargadas de una fuerte dosis de saludable inmanencia: ¿Cómo se vivirá dentro de unos años? Ese interrogante supone una confianza casi ilimitada en la ciencia. Si se revisan las encuestas realizadas, por ejemplo, hace unos treinta años, hacia los sesenta, mostrarán el generalizado convencimiento que hacia el 2000, ya se habría vencido al cáncer y que sería corriente el uso del agua salada de los mares. La deformación de la percepción del futuro es de todas las edades históricas. Pero la proximidad de un nuevo Milenio reabre con mayor ansiedad, la vieja caja de Pandora.

2001, la odisea del espacio.

El siglo XXI es esperado con curiosidad, interés, esperanza e incertidumbre. En esa expectativa se puede distinguir, sin separarlas demasiado, varias actitudes, que en realidad se yuxtaponen y combinan. Dado que las expectativas andan muy cerca de lo que son nuestras creencias, los períodos en que se acelera la necesidad de información sobre el porvenir, se acrecientan una serie de estados de ánimo, parte de la inteligencia emocional, esperanza, temor, exaltación, tristeza y hasta dolor. En pleno México, un boleador

Retorno a nuestros días

(un limpiazapatos) me decía que había que estar ciego para no entender que el futuro era todavía peor. Si escarbásemos un poco en la literatura futurible o futurista, la más inmediata, sería difícil negar que al lado de la confesada o callada utopía cientista no plantan sus penates los viejos anhelos religiosos que seguirán buscando el país de la abundancia, la edad de epifanía y resurrección. ¿Es mucha la distancia que separa profecía y prospectiva? ¿O es un asunto de métodos y maneras? La feria del futuro, como la llamó la revista *Future*, luce de todo. Inquietud por el *World-System*, al mismo tiempo, por el porvenir del trabajo, del Estado-nación (prometido a su desaparición) la palabra "*end*" se repite en una literatura singular, muy de fin de siglo aunque con pretensiones universitaria. Hay montañas de análisis prospectivo, solicitado por empresas y por gobiernos, de índole racional (hasta donde las estadísticas, que no dan cuenta jamás de la novedad, lo permitan). Sin la proximidad de otro milenio los habría, pero no tantos.

El escalofrío de lo venidero

El escalofrío de lo venidero, nos hace tornar los ojos hacia otra edad, por lo menos en ese aspecto semejante. Trabajos universitarios pero también revistas de divulgación, han recordado en estos días los padecimientos de la civilización cristiana en la proximidad del año mil. Nos habían convencido que "el año mil" estuvo precedido por una plaga de terrores colectivos. Los recientes estudios de Georges Duby, prueban lo contrario. No deja de ser verdad que algunos monjes habían tomado a la letra el Apocalipsis, la célebre frase de Juan, "cuando mil años se habrán cumplido, Satán será liberado de su prisión". En realidad, el año mil corresponde a un período optimista y expansivo de la historia europea, a la incorporación de nuevas tierras de cultivo en Flandes y Germania y en la frontera móvil que son los reinos cristianos de España comenzaba a hacerse retroceder a los musulmanes.

Los historiadores románticos, en especial Michelet, establecieron una versión sombría, que se acomodaba a la necesidad de desprestigio de los tiempos medievales, típico del fervor liberal y cientista del XIX. Por lo demás, el párrafo del evangelista es ambiguo, no se sabe si las cosas se ponen bien cuando Satán anda atado, o después.

Del Milenarismo

El milenarismo no es una corriente precisa, es una constante del espíritu humano, creativa, rebelde, e intensa en las sociedades con sustento judeo-cristiano. Pero contrariamente a lo que se cree, también se la halla en el Islam y el budismo. Y puesto que se modifica con los tiempos y culturas, no dudemos que late bajo la epidermis de preocupaciones secularizadas. De alguna manera, hay una suerte de anabaptismo tercermundista, una lucha por la iglesia de los justos, por lo general, al margen de las iglesias. En las sociedades postindustriales de este fin de siglo habrá desasosiego pero sin la violencia del otrora fervor milenarista, aparte de las actitudes de sectas que inducen al suicidio colectivo. ¿A la edad de la profecía la reemplaza la de la prospectiva?

Se me ocurre que el ánimo de la expectativa de este tercer milenio, pesa la experiencia, cargada de desengaños, de un siglo de fallidas predicciones. En efecto, no solo el mundo del año 2000 no es como lo imaginaban los ciudadanos de los países industriales cuando en los felices años sesenta fueron consultados —cuando no había ni paro, ni sida ni recalentamiento de la atmósfera— sino que nos precede decenios de ilustraciones, desde las primeras tiras cómicas y revistas populares de los treinta, a filmes, libros de ciencia-ficción, exposiciones, y últimamente, parques de diversiones, videos y juegos electrónicos. Un calidoscopio que a fuerza de ser futuristas, termina por volverse retro.

Segunda gran idea eje.

El fervor futurista, no el actual, sino el de fines del siglo XIX, no vio gran cosa.

El fin del siglo XIX recibió el nuevo siglo con un fervor futurista mayor que el de estos días. Esa candorosidad que puebla sus calendarios ¿se debía a que viniendo de un siglo de hierro y de progreso, no habían conocido todavía la experiencia de la terrible guerra industrial, la de 1914-1917? Ese clímax ¿era el resultado, de la tantas veces invocada, *pax* inglesa, de esa larga siesta de los sentidos que fue la *belle epoque*, al margen de algunos iluminados, llamados Rimbaud o Nietzsche? Lo que está claro que sus revistas ilustradas nos asombran todavía con sus ciudades de trenes suspendidos, la energía universal (¿una premonición del átomo?) y el triunfo generalizado del hada electricidad. Recuerdo un libro de profecía científica de Camille Flammarion, que alguna editorial catalana había traducido, incluyendo fielmente las viñetas y grabados, muy fin de siglo. París a mediados del siglo XXV, es una sociedad ideal de un ocio abundante, en la cual el estudio de la estrellas es el preferido de las elites, moda entre cientista y esotérica, como el propio autor, teósofo convencido, partidario de la simultaneidad de mundos y de existencias. No podré olvidar esa ciudad cubierta de erizadas azoteas de contemplación astronómica, y en las calles parisinas, muy parecidas a las actuales, innumerables monumentos a sabios y benefactores, todos en frac, donde no hay un solo general, lo que no dice cómo será el porvenir, pero sin duda mucho sobre el clima antimilitarista de algunos reformadores en las postrimerías del XIX. Por entonces, en las mismas revistas del ensueño pacifista, generales y estrategas, más pragmáticos que sus vecinos de página, vaticinan que las guerras del nuevo siglo serán aéreas, con lo cual no estaban lejos de la triste realidad. Esos cielos de las ilustraciones están poblados de acorazados volantes, con anarquistas internacionales a bordo, o al servicio de la invasión negra venida del África. Las guerras son mundiales y

llenas de plagas, la peste púrpura, de "miasmas" (antes del gas y de las armas bacteriológicas). Políticamente, el anarquismo internacional hace saltar a París por los aires hacia los años cincuenta. Inglaterra deja de ser una monarquía para volverse una república ingobernable, la "isla de la anarquía". Al concluir el siglo XX, un gobierno mundial, soñado por HG. Wells, viene a poner un poco de orden. Inquietante espejo deformado, sobre todo si piensa que descartada una Europa en permanentes llamas y sometida a una nueva guerra de usura por los musulmanes, los Estados Unidos sacudido por diversos *"crack"* a repetición, los utopistas (los infatigables utopistas) no se instalarán en una isla, como lo esperaba Platón, Campanella o More, sino que reuniendo islotes polinésicos, hacen nacer un sexto continente. Llamado Helenie. Capaz naturalmente de soportar el avance japonés sobre Hawai, o la mutua destrucción de hindúes y rusos. Por aquel entonces, algunos hombres comienzan a alcanzar la inmortalidad. Ferocidad, sin embargo, de un porvenir en el que se persiguen los libros —un pronóstico anterior a la utopía de Orwell— prohibidos por un parlamento mundial. Con todo, el industrial y romántico siglo XIX, se inclina más bien por un futuro positivo, coronado por la frase de Victor Hugo con la cual concluye *Los Miserables*, "se podría decir, no hubo más acontecimientos, y en consecuencia, fuimos felices".

Ironías del autor sobre otras anticipaciones.

Desmentir las profecías resulta un placer al cual es difícil negarse. Ya lo hizo Chesterton, sus doctos contemporáneos en Inglaterra afirmaron que la paz universal dependía de la manera de alimentarse, proponiendo en consecuencia, la urgente adaptación de hábitos vegetarianos que volverían a los hombres más fraternos y las costumbres más dulces. Por nuestra parte podemos sonreír ante la visión futurista de mediados del siglo veinte que poblaba las ciudades

de nuestros días con aceras móviles, grandes domos y fábricas gigantescas. No hay duda que New York fue el modelo de cosmópolis y con ello, de sociedad futurista, una suerte de síndrome de una voluntad de potencia, y el *Amazing stories* de 1942, no deja dudas: "urbe de la ciencia, la potencia atómica y los viajes en el espacio". El futuro es traidor, y la expansión de lo urbano hacia las afueras como en nuestros días ni la microcomputación y el trabajo en casa aparecen en esos esbozos del porvenir. La ironía debe tener un límite, llamarnos a la humildad. ¿No sonreirán dentro de unos decenios cuando se recuerde que el profesor Huntington afirmó que las guerras de ideologías del siglo veinte serán sustituidas por conflictos de civilizaciones, prácticamente, etno-culturales? ¿Pronóstico temible? ¿O una vez más, estamos ante el fantasma del "peligro amarillo" de los inicios del siglo veinte? Entre tanto, en las megaurbes del mundo —en Los Ángeles, en México D.F— se enfrentan, mezclan y combinan, culturas y civilizaciones, modos de vida, formas de sentir, que racionalmente hay tendencia a separar, un tanto como el profesor Huntington.

El futuro es traidor

La proximidad del Milenio acaso nos encuentre más prudentes. Efectivamente, se desarrolla ante nuestros ojos una curiosa lectura. Podemos llamarla, "retrocrítica". Consiste en cotejar lo que es en realidad nuestra vida cotidiana a lo que se creyó, solo unos años atrás, que iba a volverse. Ciertamente, no nos espera en casa la bañera que se enciende automáticamente, ni las habitaciones se abren a nuestro paso por telepatía, ni los electrodomésticos que hoy tenemos nos sirven para atarnos los cordones de los zapatos, frotarnos los dientes, rasparnos el cabello, entre otros utensilios asombrosos de un hogar concebido como una gran nodriza protectora y mecánica (Jhon Atkins, 1958). Sin embargo, el ejercicio de vaticinar un día corriente de los años noventa, fue frecuente en revis-

Reflexión personal sobre los comentarios actuales. Al finalizar este Milenio.

tas y seminarios, y acaso, en su hora, las tomamos en serio. También son un fiasco los análisis del porvenir político. El enorme trabajo de Brian Stabelford, que si se entiende bien, reúne informes y trabajos de una centena de prospectistas norteamericanos, prevé el reino de la telecarta, la ecoutopía y el renacimiento industrial, pero extiende la presencia soviética hasta el año 2400. Toda previsión es riesgosa, la desmiente la emergencia de un fenómeno, una nueva pandemia como el sida, enfermedades desconocidas, o un nuevo descubrimiento científico.

Es palmario el ejemplo del impacto de la genética en los tiempos que corren, la posibilidad del clonaje humano que da lugar a un debate abierto ético-científico. Imagínense lo que van a ser las diferencias sociales cuando algunos no solo puedan sanarse de enfermedades sino vivir indefinidamente. ¿Podemos imaginar el efecto de la física de los supraconductores sobre los medios actuales de transporte, su brutal abaratamiento? Una modificación acaso no cambie gran cosa el paisaje cotidiano, pero un paquete de innovaciones sería suficiente, como ya ha ocurrido en el pasado, para que el resultado final sea una alteración radical e imprevisible. La vida va de lo sencillo a lo complejo, sostienen los biólogos. También las sociedades humanas.

De nuevo, un conjunto de cuestiones, de preguntas.

¿Qué hacer? ¿Cómo escapar a la utopía idealista y a la anticipación catastrofista? Cierto, nuestros días rehabilitan el principio de precaución. ¿Pero es suficiente? ¿No hay una ética del desarrollo que concierne al futuro? ¿No debemos tutelar el patrimonio de la humanidad, en cuanto al daño que provoca la supraindustrialización sobre gea, la madre común, la tierra? ¿No debemos preservar bosques y naturaleza, capital genético y especies, para las generaciones venideras? Este deber ser contemporáneo, vuelve la temática del

futuro en un espacio de reflexión. Un tema de actualidad. Un debate sobre alternativas posibles.

Tercera gran idea. ¿En qué es distinto nuestro fin de siglo de otros anteriores?

¿Qué ha cambiado, si se compara el aire del tiempo de este fin de siglo con el dominante en otros períodos de fin de algo, de un tiempo, un siglo, una época? Las sociedades avanzadas saben que su historia está ligada a la revolución industrial. Si el maquinismo no llegó sino tardía y parcialmente a otras regiones, una civilización planetaria ha terminado por imponerla hasta los confines del mundo. Ahora bien, el siglo veinte, "breve y cruel" (E. Hobsbawm) en efecto, uno de los más sangrientos de la historia, nos hace admirar y a la vez temer el imperio de la técnica. Pero este temor es reciente, es parte de la desconfianza ante las aplicaciones extremas del saber humano, parte del inmenso naufragio de los valores del siglo XIX, la puesta en duda de la idea del progreso, que se resume a lo siguiente: por primera vez admitimos que no toda innovación es saludable. La ciencia ha dejado de ser un valor absoluto, algo cuya aplicación no se discuta. El fin de siglo descubre las derivas de la razón tecnológica. Por primera vez, el hombre teme a su propio genio inventivo. La situación es paradójica. Nunca se ha investigado y producido tal suma de novedades en el campo del conocimiento y manipulación de la materia inerte y últimamente, viviente. Pero, nunca como hoy, su aplicación es discutible. "Ser moderno deja de ser un valor determinante" (Vattimo) Los descubrimientos científicos no llevan a una progresiva emancipación de los seres humanos. Esa sociedad posmoderna, de la *mass media*, dice Vattimo, no es necesariamente más ilustrada, más instruida. La utopía se vuelve, en un punto de saturación, marcha hacia atrás, formidable caos, complejidad. Y acaso, lo esperamos, creación.

El autor se inclina por los festejos discretos en el nuevo

Hay una razón adicional para que se amengüe la inclinación profética. No se trata únicamente de la

desorientación ante el doble papel que juega la técnica, porque esta tanto como inquieta, hace soñar. Las condiciones preindustriales, en efecto, preparan posibilidades para la reinvención de la sociedad. Lo que puede dar de sí, "el hombre simbiótico" es enorme (Joel de Rosnay) y lo mismo, las industrias del tercer milenio, fundadas en la materia gris, en el conocimiento. No, la otra razón para que el milenarismo de este fin de siglo sea discreto, casi silencioso, es el fracaso de las utopías sociales.

milenio, dado el fracaso de las utopías sociales.

¿Cómo desenterrar a Campanella, a Bacon o al propio Platón, después del fiasco del comunismo en el siglo veinte? No hemos terminado de extraer todas las consecuencias espirituales y anímicas, de ese fracaso insondable. Una idea generosa que nació como una heterodoxia creadora ante el capitalismo y concluyó creando un imperio de Estado, más despótico que Egipto o Babilonia. "Una idea de libertad confiscada por una burocracia política" (Castoriadis) El tema del balance del experimento soviético naturalmente sobrepasa los límites del presente ensayo, sin embargo es imposible dejar de considerarlo en el clima de ideas del fin de siglo, ligado de manera ostentosa, a un declinar no únicamente del marxismo sino de todo otra síntesis doctrinal, al agotamiento de los "metarelatos" a los que alude Lyotard, a la incertidumbre, al nihilismo y la falta de proyecto. La situación no puede ser más paradojal, la cultura occidental se impone mundialmente (en su doble versión, la de los Estados Unidos y la de las culturas europeas) cuando casi todas las otras culturas periféricas admiten la lógica de la productividad, el mercado, los valores democráticos y hasta la nueva ideología de los derechos humanos. Pero, en ese mismo momento, sus científicos y filósofos, admiten que la civilización dominante ve morir sus valores esenciales, los que provienen del inmenso esfuerzo del siglo XIX y XX sin que nada, a la vista, los reemplace. Salvo el

retorno (en muchos casos, regresivo) a lo religioso. El fin del marxismo y del comunismo no son sino una parte del naufragio, pero su caída arrastra grandes partes del viejo navío, casi toda la esperanza profética de un reino de iguales, válida en Occidente desde la rebeldía de los anabaptistas, los milenarismos a la manera de Thomas Munzer o de los que se fueron a fundar Icarias cooperativistas en Norteamérica. La filosofía política, por entero, está en trance de reconstrucción, de ahí el retorno a Kant, o la obra de los hermenéuticos modernos; o el pensamiento moderado de Rorty y Habermas. Indagaciones, todavía en curso, por una moral del presente. Una democracia de ciudadanos, más que del Estado. ¿Una reformulación del pacto social? Octavio Paz, antes de morir, en diálogo con otro poeta, admite temer que a la utopía la reemplace la entropía.

Prospectiva, desilusión, utopía.
Y el futuro se nos ha venido encima

Prospectiva, desilusión utópica, y algo más. El futuro se nos ha venido encima, nos ha colonizado. No, todavía no se ha hallado vida inteligente, ni menos hemos tropezado con señales de una civilización galágtica. No hemos vencido ni la enfermedad ni la muerte como en nuestras profecías, ni sociedad alguna goza del "reino del reposo y paz" de los milenaristas. Pero una parte importante de lo futurible, una provincia enorme de la imaginación, ha escapado al reino de lo brumoso y lo imposible para establecerse entre nosotros, como cotidianidad. Esa parte desglosada del porvenir es la conquista del espacio.

Sin magnificar la hazaña americana, hay que considerar que un deslizamiento de sentido se produce a partir del alunizaje de Armstrong en 1969. Y de lo que siguió, el programa Apolo, sus 17 misiones, que contaron con seis alunizajes entre 1969 y 1972, fecha en que se suspendieron los vuelos habitados. El espacio se fue volviendo un lugar habitable por seres humanos, al mismo tiempo, un campo de aplicaciones, si pen-

samos en los centenares de satélites geoestacionarios sobre nuestras cabezas, útiles a nuestros portables. Los vectores nucleares dejaron sitio a los juegos de simulación en los videos infantiles, las lanzaderas espaciales abandonaron el campo de las historietas coloreadas y entraron con los microordenadores a la trivialidad doméstica. El desembarco del futuro se hizo hasta la intimidad de los hogares, perdió en exotismo, ganó en normalidad. El espacio es parte de nuestra vida.

Una anécdota personal. La computadora de mi hija. En ella veo los valles del planeta Marte. Las fotos tomadas por el Viking II.

Quisiera contar algo en forma personal. La otra noche, aprovechando que mi hija menor dormía, un poco en broma y otra tanto por saber con que se entretiene, pude servirme de su ordenador personal. En la pantalla se formó un pasaje desconocido. Era la mañana, una bruma matinal invadía los valles pedregosos y masas de vientos empujaban a las densas nubes hacia una región de montaña que se perfilaba en el horizonte y que pronto habría por mi parte de saber que era la región de Tharsis. Los huracanes, fáciles de reconocer, recorrían el planeta entero. Las imágenes en alta resolución mostraban un estructura en forma piramidal en forma de estratos, y más allá de la región del norte rodeada de dunas, la máquina se puso a volar por terrenos antiguos, fuertemente craterizados, rumbo a las planicies de Argyre e Isidis. El viaje concluía sobre los grandes domos de Tharsis. Estaba contemplando Marte, pero no a través de algún dibujo fantasista de algún artista, sino de las fotos tomadas por la sonda espacial de Viking II cuando aterrizara en lo que se conoce como "*Chryse Planitia*", el 20 de julio de 1976. Resultaba magnífico el espectáculo de la puesta de sol sobre el suelo marciano, las dunas de arena, la inmensa garganta de "*Valles marineris*", cerca de la línea ecuatorial, el trazo de los canales naturales de agua, cuando el agua existía en el planeta rojo, lo que Percival Lowell en el siglo XIX, consideró como

construcciones artificiales, es decir, inteligentes. El diccionario galáctico incorporado a la memoria del ordenador de mi hija me hace saber, sencillamente, que "Marte representa un blanco realista para un aterrizaje habitado en el siglo XXI". La exploración del espacio nos ha acercado a lo extremamente lejano. Para toda una generación, la infinitud estelar entra en el dominio de lo comprensible. El misterioso Cosmos de Hesiodo, se ha vuelto un asunto de niños en pijama.

II. El futuro, continuidad y ruptura. ¿El pasado tiene porvenir?

Dejemos el reguero de profecías, utopías, mesianismos y el cauto prospectismo de la tecnoburocracia fin de siglo, aquello que hemos invocado sumariamente en las líneas precedentes, y entremos en la abierta conjetura. Reconozcamos el carácter provisorio de esta reflexión, el hecho de que dependa de trazas que el presente deja ver. Aún la conjetura, con ser libre, está sujeta a varios *a priori*. El primero de ellos es la concepción que tengamos de la historia. Partimos del más corriente, del futuro en tanto que continuidad. No es que personalmente me parezca el más probable sino que es el más admitido: la sucesión. Lo prueba el uso de ordinales, siglo XX, siglo XXI. Esa idea del tiempo es tributaria de una concepción de la historia lineal. No estamos en la categoría del eterno retorno de los griegos. Ni en el tiempo circular de las cosmovisiones mayas o aztecas. La idea de la historia que vehicula la concepción occidental del mundo no es lo universal ni planetaria que se cree. Pero, por las razones señaladas, la tomaremos como hipótesis.

La hipótesis del tiempo circular

Ahora bien, si el futuro es continuidad, se infieren dos consecuencias mayores. O acrecienta nuestros defectos o realiza algunas de nuestras metas. La idea

del futuro en tanto que continuidad del pasado se desdobla, a su vez, en una versión optimista y en una pesimista. Existe, no obstante, otra posibilidad, el envés de la primera: el futuro como ruptura o corte. No es que nos caiga un meteorito encima, pero pueden haber modificaciones de sociedad y civilización que ni imaginamos.

En el primer caso, la continuidad optimista, vale decir, la prosecución saludable de las mismas metas, acaso podamos esperar que la paz no sea solo un asunto de regiones desarrolladas, como ocurre hoy en el territorio de la Comunidad Europea, los Estados Unidos y el Japón, y es deseable que se extienda a otros escenarios internacionales. En ese listado de extrapolaciones saludables, podemos esperar que la riqueza mundial crezca, mejor repartida. Que las condiciones postindustriales permiten reinventar las sociedades, reinventar el trabajo, la transmisión de conocimientos, cambiar los modos de vida, comunicar a los hombres más allá de sus fronteras y la barrera de lenguas, globalizar y compartir el arte y la cultura, renovar el pensamiento, y con la ayuda de máquinas inteligentes, recrear la vida. La automatización nos liberará de la maldición bíblica, y el trabajo será fuente de actividad creadora, de gozo y valores cooperativos. Detengámonos, el horizonte de lo perfectible es inconmensurable. En todo caso, es evidente que la actual revolución postindustrial (especialmente, desde la contribución de la comunicación y los aportes de las ciencias de la vida) provocará una crisis de civilización. Y quien dice crisis, dice renovación.

¿El futuro es solo continuidad?
El caso del fascismo. La posibilidad de regresiones.

Pero eso es solo ver el lado positivo de las cosas. Las crisis, como ha sido visible en diversos momentos del siglo veinte, provocan reacciones inesperadas, mudanzas y reformas como actitudes de protección, de repliegue. El fascismo fue uno de ellos. El futuro como continuidad puede extender y dilatar nuestros

actuales problemas sin atinar a resolverlos, y entonces, la visión que nos puede ofrecer el futuro inmediato, podría ser el de un siglo XX ampliado en sus peores aspectos. Punto por punto, sociedades y civilizaciones enteras, podrán adoptar medidas contrarias a lo que el siglo veinte consideró como un progreso. La inmigración no volverá las fronteras obsoletas sino que las reforzará. La renta mundial no se repartirá mejor, todo lo contrario, ahondará (ya lo hace) las diferencias de continente a continente, país por país. El trabajo seguirá siendo no solo el centro de la economía y la vida particular, sino el privilegio de un puñado de ejecutivos a la cabeza de los grandes conglomerados mundiales. Las nuevas máquinas concentrando mayor información y responsabilidad cada vez más en menos personas, habrán hecho posible la emergencia de una "elite cosmopolita y nómade" (Jacques Attali) Ella impondrá un estilo de vida en la que el trabajo selecto, como en otro tiempo la caza señorial, será una señal de rango. No tanto por amor a la riqueza —ya son ricos— sino por el placer de ejercer poder. No la libido de poseer sino la libido de mandar.

Crítica a la globalización

Parte de esa ventarrón de despotismo supraproductivista, está ya a la vista. Mundialización de la finanzas, un mercado que no crea trabajo sino ganancia, daños irreparables al medio ambiente, inadecuación de los Estados para tratar problemas transnacionales como la droga, la contaminación, los nuevos virus. Trabajo y empleos sin coincidir. Económicamente un gran desorden, un casino mundial. Y por primera vez en un siglo de reformas sociales, los pobres como no necesarios a los ricos. Uno sobre cinco personas de la humanidad sufre hambre. Un cuarto de la misma, no tiene acceso al agua potable. Un tercio vive bajo el zócalo de la pobreza extrema. La riqueza mundial nunca ha estado concentrada en manos de tan pocos. Da escalofríos extrapolar estos datos para los

primeros decenios del próximo siglo (Rani Kothari, R. Petrella)

Los valores democráticos no son definitivos.

Llevemos la negra conjetura a sus límites lógicos. En la versión pesimista del siglo veintiuno, podemos suponer se establezcan regímenes a las antípodas de lo que al final del siglo veinte se considera, consensualmente, como desarrollo social y humano: respeto a los derechos del hombre, democracia, equidad, justicia social, libertades. Cabe recordar, sin embargo, que todo ello, no es sino el inacabado programa del siglo XIX y XX. Y por otro, que durante el siglo que se acaba, la sociedad abierta de K. Popper, estuvo a punto de perecer en dos ocasiones, ante el nazismo y el comunismo. Quiero decir con esto que esos valores no son definitivos, aunque nos sean fundamentales. Son en realidad históricos, es decir nacieron y pueden desa-parecer. Son la herencia del *Aufklärung*. La apuesta de los enciclopedistas por la perfectibilidad del género humano a partir de la débil pero necesaria razón. Ahora bien, las luces surgen antes de la era de la técnica. Ya sabemos del uso del saber tecnológico en el siglo veinte al servicio del Leviatán nacionalista. El siglo arrancó en 1914, su gran novedad fue la guerra industrial por todos los medios. Si el futuro de la humanidad depende únicamente de la técnica, entonces, nada es seguro. La técnica puede ser la continuación de las ideologías totalitarias. Las revistas especializadas ya hablan, por desgracia, de la utilización de la biotecnología con fines militares. En todo caso, el debate sobre "la intimidad genética" no es un tema de ciencia ficción en los Estados Unidos, sino de la actualidad más trivial (Biofutur, Nº. 178, mai, 1998).

El Leviatán nacionalista

Porvenir. ¿Alianza entre técnica y políticas despóticas?

Técnica, política despótica y porvenir, ¿es exagerado asociarlos? Un protagonista de algunos de los mayores cambios de este siglo, Vaclav Havel, (presidente de Checoeslovaquia hasta 1992) considera que los regímenes totalitarios no pertenecen al pasado como se

piensa en Occidente, sino que ellos son "la vanguardia impersonal que lleva cada día más al mundo hacia una vía irracional". Su sospecha de la técnica lo acerca de Heidegger. Lo esencial dice Havel, es que el hombre entienda su propia esencia, y no la adaptación de tal o cual programa de recambio. Havel quiere hablar del poder de los sin poder. Su programa de política es una no política. Es la vida de la verdad sobre la vida de la mentira. No hay política sin ética.

Para no ser pesimistas

Pero, a diferencia de los pesimistas ¿no sería posible ensayar otra lectura del siglo veinte, menos depresiva, que tome en cuentas las inocultables mejoras, y en consecuencia, mantener una fundada esperanza de que lo positivo de hoy se desarrolle? El totalitarismo será siempre una amenaza, la democracia una construcción babélica, es decir, inagotable, pero el siglo veinte ¿es tan catastrófico como lo presentan? Razonemos: victoria de la salud, es decir, alargamiento de la media de vida a casi el doble del siglo pasado, la tuberculosis y la polio erradicadas, la vejez sana y feliz, sanarse si arruinarse, ¿conocieron otras edades progresos tan evidentes? Las amas de casa pueden añadir una lista de ventajas desconocidas e inimaginables por sus madres y abuelas, la colada simplificada, el agua por cañerías sin ir a buscarla al fondo del aldeano pozo, la oda al confort moderno resulta interminable. Es verdad que el teléfono y luego el fax a domicilio, cambian muchas cosas en las relaciones familiares, y la radio o la tele que matan el aburrimiento, las proezas de la movilidad con el auto, los progresos personales de la higiene, el matrimonio o el concubinato como un asunto de la pareja y no de un clan, el gusto por el hogar y el regreso al mismo, "el *cocooning*", y en la mesa, la moderación; y después de siglos de niños maltratados, otra niñez, otros padres. ¿Punto de vista de mujeres? Sin duda alguna, confieso que los elementos citados viene de una de ellas, provisora de liceo, y de un libro de título

elocuente, *Merci, mon siècle* (C. Collange) El progreso de la salud, de las madres y de los niños, es suficientemente importante como para matizar el balance provisional del magullado siglo que concluye. Si la condición de la mujer se ha mejorado y también la de los niños por la extensión de la higiene y la educación, entonces, el siglo veinte no ese amasijo de miserias bélicas que se pretende. Tal vez el pasado tenga un porvenir (positivo) si se prosigue como lucha para hacer más humanas las relaciones entre seres humanos, hombres y mujeres, más tolerantes, más cooperativas. Nada es, como me esfuerzo en demostrar, del todo seguro. Ni una escena futura con sociedad más libres y justas o todo lo contrario, el retorno de los grandes proyectos históricos despóticos.

¿Cómo liberar el futuro del pasado? El autor retorna a la cuestión inicial.

Volvamos a un punto de la convocatoria inicial, al leve voluntarismo que se introduce con la idea de liberar. Como si estuviera en nuestros alcances, evitar lo peor. La idea misma es ambigua. Se libera a un pueblo, pero también nos liberamos de un mal recuerdo. ¿Liberar el futuro del pasado? El concepto introduce dos posibilidades contradictorias. Si la historia de la humanidad es lo que es, y desde Marx a M. Bloch un linaje de reformadores no han dejado de pensar que la verdadera historia del hombre como libertad y fraternidad no ha comenzado todavía, que vivimos en la prehistoria, entonces, liberarse del pasado es librarse de la guerra fratricida, de la mordedura del hambre y la miseria. Es la esperanza, por cierto legítima, en un tiempo incomparablemente mejor. Pero puesto que liberarse es también desembarazarse, descargo y exculpamiento, puede pensarse en otra actitud, en otras civilizaciones que cancelen por el olvido lo que nos parecen metas humanistas. Sociedades por ejemplo que se deshagan de lo que nos parece fundamental, la lucha contra la ignorancia y la superstición que propuso, hace dos siglos, repito, el Enciclopedismo

y la Ilustración. Algunos dicen, ya en nuestros días, que aquel es un programa agotado, fuente de error e ilusión, cuya deriva han sido los totalitarismos. Nos parece insensato que el futuro no continúe los esfuerzos del siglo XIX y XX, mal que bien, por arrancar a los hombres de la desigualdad. Pero, nada nos impide conjeturar que pueden establecerse sociedades con otros criterios, que por ejemplo acepten la desigualdad como un hecho consumado. Un India gigantesca, a escala planetaria. El desinterés por las preocupaciones ideológicas y políticas ya asoma en lo que se ha llamado, "la era del vacío" y el imperio de lo efímero (G. Lipovetsky) Nada de esto pone en cuestión que los niveles de satisfacción materiales continúen aumentando, que la riqueza misma se reparte mejor, abarcando esa "vasta clase media" mundial de la que hablan los economistas. El narcisismo y el extremo individualismo pueden ser la panacea de lo que Nietzsche llamara, "el último hombre"; un esclavo feliz. Los senderos de la sumisión voluntaria, la dialéctica de la dominación del hombre por el hombre pueden asumir variantes lujosas e inesperadas. En suma, un futuro otra vez despótico puede ignorar la herencia del pasado, si este pasado incómodo es Diderot, Hugo, Bolívar o Lincoln.

Cuesta imaginar que los tiempos venideros puedan aceptar lo que nos parece insufrible. Pero los hombres, o mejor, las sociedades y civilizaciones, pueden olvidarse de lo que fueran las metas históricas de quienes los preceden. Desde los neoplatónicos se abandona "la Alétheia" de los griegos, la búsqueda de verdad como develación, el gran reproche a la historia de la filosofía por entero de un Martin Heidegger. Liberarse es no solo librarse de un yugo, político o económico. Es, aunque nos duela, quitarse de encima. Una forma ostentosa del olvido. Pensar que el mañana proseguirá

el presente, no es sino una de las más acariciadas y a la vez la más frágil de nuestras creencias.

De la mudanza de la historia. Lo que hoy nos interesa, mañana puede que no sea interesante.

La mudanza de la historia puede, en fin, no ser la negación del pasado, sino otra cosa. Y aparecer otras metas, intereses, pasiones. Ya ha ocurrido. Víspera de los grandes descubrimientos, el enfrentamiento entre la media luna y la cruz parecía inevitable. Pero los europeos olvidaron las cruzadas. El curso de la historia no resuelve ciertos escollos, los evita. Pienso también en el azar de los grandes descubrimientos, como lo puso en evidencia los trabajos en torno al V Centenario del Descubrimiento de América (Guy Martinière y Consuelo Varela) Los grandes navíos de los chinos, varias veces las modestas carabelas portuguesas que la exploración colombina adoptó, pudieron llegar a las Indias. Las expediciones chinas, en especial la de Zheng He, cuya nave almirante podía llevar a bordo no 27 hombres como Colón en cada nave sino un millar, llegaron al extremo del África, recorriendo distancias tan grandes como las que atravesaron posteriormente portugueses y españoles. Sin embargo, los juncos asiáticos dejaron de explorar los mares a mediados del XV. La dinastía Ming optó por un imperio continental. El abandono se debió no solo a cambios en la política interna, sino a la carencia de una mitología de "los mares tenebrosos". Faltó el mesianismo que alimentó el proyecto de Colón.

La matizada lectura.

Iré concluyendo con una matizada lectura del siglo que concluye. Y de los futuribles que segrega. Lo que luce de logrado y también de inacabado. Observemos el paisaje intelectual y científico del fin de siglo. Nuestro tiempo sabe enviar sondas a los extremos del sistema solar, observar las mas alejadas estrellas en el confín del universo, pero la física cuántica no ha avanzado desde el indeterminismo de Planck, como si el auge de sus aplicaciones fuera simultáneo a la crisis de los fundamentos del conocimiento científico. Conoce-

mos la naturaleza de Júpiter, su mancha roja, pero la misma ciencia está en la incapacidad de explicar los comportamientos aleatorios de la micromateria. Es la "inseguridad radical de lo real" (Prigogine) Se fabrican y guardan armas atómicas, pero el conocimiento teórico no ha sobrepasado el desafío del teorema matemático de la incomplitud de Godel, de 1930, la paradoja de que la razón racional y deductiva prueba sus propios limites axiomáticos. Más claramente, no podemos afirmar nada enteramente.

Las democracias occidentales han triunfado dos veces de los imperios del mal (de Hitler, y de los sucesores de Stalin) pero los derechos humanos, del individuo y la autonomía de grupos étnicos, son la frágil conquista de unos cuantas naciones, desconocidos por franjas enormes de la humanidad, y la lista anual de atentados a la libertad ciudadana de Amnisty International no olvida a ningún Estado. Es cierto que hemos visto extinguirse las feroces ideologías del XIX al XX, incluyendo las variantes reformistas, como el austro marxismo, todo aquello que prometía la salvación social, pero el fin del marxismo no ha dado lugar al auge de las ideas de libertad y de fraternidad sino el retorno de las intolerancias étnico-religiosas, y en filosofía, al nihilismo, a la pérdida de absoluto, no solo al desencanto, sino al vacío del narcisismo, al agotamiento de los sentidos. ¿Por qué habríamos de suponer que la crisis de los paradigmas filosóficos y científicos, debe conducir al encuentro de formas superiores, probablemente más complejas de pensar? (E. Morin) Puede ser, sería deseable. Castoriadis, sin embargo, antes de dejarnos, puso en guardia ante la ilusión racionalista. ¿Como afirmara Aristóteles, el hombre está sediento de conocimiento? Falso, sostuvo Castoriadis, los hombres lo que reclaman son creencias. El vacío de sentido, abre las puertas a los nostálgicos

¿Los hombres, los seres humanos, queremos realmente la verdad?
La Babilonia moderna.

de absoluto. Ya acampan, nueva barbarie —integristas, *skin head*— al borde de la Babilonia moderna.

Si el futuro es el lugar de lo indeterminado. ¿nos esperan sociedades más humanas, más lúcidas? ¿El mal, la muerte, la irracionalidad, lo demoníaco, no son el fardo de cada tiempo, de cada civilización, de toda existencia? ¿Serán aquellas, el lugar de la verdad? Pero en la versión de Nietzsche ¿como algo que podamos crear, no recibir como revelación o trascendencia? La nueva versión de las cosas, ¿podrá darle un nuevo papel a la razón, al lado de lo oscuro, lo subjetivo, lo misterioso y adivinatorio que con nosotros llevamos? ¿Una razón más prudente de sus propios excesos? (R. Thom) ¿Recobrarán su sentido las ciencias humanas? ¿Crecerá el gusto por la asociación, por el afecto, la red de amigos, el compartido gozo? ¿Asistiremos al crecimiento de la subjetividad, de la fiesta colectiva, salutífera, o se acrecentará la multitud solitaria? ¿Cambiaremos de interpretación o de cosmovisión? La aparición de fenómenos femeninos arquetípicos señalados por psiquiatras —en los sueños de hombres y mujeres de este fin de siglo— deja preverlo. La hipótesis de Tarnas, el pensamiento occidental, de Platón a Freud, como un hecho abrumadoramente masculino, me parece una pista digna de exploración. Y las ideas que se deducen: la crisis del hombre moderno esencialmente como crisis masculina "su resolución ya empieza a advertirse con el tremendo surgimiento de lo femenino en nuestra cultura". No se trata, por cierto, de proponer un mundo de andróginos, sino el reconocimiento de que la cultura masculina ha marcado con desprecio, al decir de Tarnas, "…la necesidad de asociación, de pluralismo y de juego recíproco", al preferir el enfrentamiento. Es probable que el reequilibrio masculino / femenino ocupe un lugar decisivo en la civilización del siglo veintiuno.

La nueva versión del vivir, ¿es más humana? Elogio del autor de la amistad, el juego, la subjetividad, el gozo compartido

***

¿Liberar al pasado del futuro? La colonización del futuro nos ha llevado a su mitología. El futuro nos aplasta, al punto que tengamos que liberarnos del mismo. La obligación de ser moderno, o ser futurista es absurda. Pero faltos de utopía, de sueño, de proyecto, lo hemos sustituido por uno, el porvenir. ¿Por que ha de ser mejor? Ciudades más altas, hombres más longevos, puede que con guerras más terribles. Liberar el pasado (ese pretérito del futuro que es nuestro tiempo) es reconocerlo como tal, en su lógica, en su valor especifico. Es también no pretender falsos modernismos ni atarnos a un fantasma todavía inexistente. ¿Nuestras atlántidas están en el futuro? El tiempo presente vive esa angustia, al punto de olvidar sus propias tareas: el hambre, la contaminación, los derechos humanos, la equidad.

Es legitimo, claro está, preguntarse por el futuro y su lectura del pasado inmediato o lejano. En la medida en que eso no incluya el atajo adivinatorio. Pero podemos vivir reconciliados con nuestras propias posibilidades presentes, con nuestro tiempo. Sin la angustia de un juicio final de la historia o de los hombres que vendrán. La historia es también sorpresa, cambio, imprevisibilidad. Los hombres del futuro enfrentarán nuevas posibilidades y nuevas amenazas. Nuevas técnicas en la salud humana, en la energía, también nuevos problemas, enfermedades y derivas totalitarias, y todo, a escala planetaria. Acaso podamos ensayar un cambio radical de inquietudes, de cara no a un fin de los tiempos sino a un fin del tiempo. La asunción del tiempo presente es proponer una moral de la responsabilidad inmediata, nadie vendrá a resolver nuestros problemas sino nosotros mismos. Por lo demás, la postindustrialización no hace sino comenzar. Sus imbricaciones e interaccio-

nes vuelven imposible todo pronóstico. El futuro es opaco, indecernible. Interrogarlo solo nos devuelve el eco de nuestros temores y esperanzas. Vana sombra de sombra en la caverna del fluir del tiempo. Vivamos, que los muertos entierren a sus muertos.

Conclusión

Vivamos. "Que los muertos entierren a sus muertos." Mateo 8,26.

Carta a un estudiante que se propone escribir ensayos

En aquel concurso internacional del Weimar cuyo ejercicio tienes por entero en las páginas anteriores, se nos impuso un par de preguntas. Las repito aquí porque ayudan a comprender que es una disertación y cuáles son, por lo general, los procedimientos que se exigen. La interrogación con la que se nos invitó a escribir fue la siguiente:

Liberar al futuro del pasado
liberar al pasado del futuro

¿Convocar un concurso mundial partiendo de una cuestión precisa? Cuando me enteré me pareció natural. El recurso es de uso corriente en diversas culturas y sociedades, en particular, en las culturas europeas, y hay que añadir, el procedimiento se ha extendido a casi todo el planeta. Sino, ¿por que se usó en ese concurso desde una ciudad alemana? Cierto estilo de trabajo intelectual no tiene fronteras. Pensar, cada vez más, es interrogarse. Pero si bien es cierto que los ciudadanos de sociedades, sean estudiantes o profesionales en un contexto cultural que ya ha ingresado a la sociedad del conocimiento desde hace por lo menos un par de siglos, suelen estar habituados a "ese pensamiento que trata de llegar a otros pensamiento", pero eso no significa que los que se incorporan recientemente, en las antípodas, los ignoren. Lo niveles de comprensión de texto, en las evaluaciones mundiales, ponen en primer lugar a Corea del Sur y Taiwán

tanto como Finlandia. En unos y otros lugares, se trabaja de parecida manera. La modernidad no es pues, como algunos incautos creen, las ventajas del Internet. En la hipermodernidad de nuestros días, ante una pantalla de ordenador o ante las páginas de un libro impreso, por igual, el que las ve, debe saber razonar por su cuenta. La computadora no lee ni juzga por uno. Y el que lee y juzga un texto virtual o impreso debe saber como elaborar un comentario personal. Y esto es lo que por lo general, se pide. No saber comentar equivale a no saber pensar. Que quiere usted, hace diez mil años las civilizaciones, no solo la actual, se han construido sobre la predominancia de lo escrito sobre lo oral.

Solamente lo escrito garantiza tres operaciones cognitivas. Guarda la memoria colectiva. Permite un discurso racional que se puede controlar. Es decir, que no se dirige forzadamente a la emoción, y en consecuencia, el lector puede tomar sus distancias y reflexionar, no así ante la seducción de la palabra oral. Como sabemos, muchos tiranos fueron grandes seductores de multitudes. En fin, el texto de un autor se puede cotejar con otro. Por eso es decisivo el pasaje de una población, a veces de una civilización, de lo oral a la escritura. Solamente ella permite acumular el saber, transmitirlo, corregirlo. Lo siento por los partidarios de la oralidad, es así.

Se piensa ante algo, no ante el vacío. Y ese algo, en ciencias y conocimiento, consiste en la formulación de un problema. Y bueno es que comencemos por esto, cada texto, sea el que fuera, nos enfrenta ante un problema de fondo. Y juzgar es formarse un juicio sobre ese problema, desmenuzarlo, romperlo, eso quiere decir finalmente análisis. Un juicio es separar lo verdadero de lo falso, lo real de lo irreal, lo cierto de lo improbable. Ahora bien, no a otra cosa aspiraban Platón y Aristóteles hace 2400 años, en eso que fue el *logos* de los griegos, un discurso que se daba sus propias leyes de coherencia. El tema del discurso que se sustenta por su validez lógica no ha desaparecido. Ni el libro ni la pantalla de mi ordenador Mac puede producir espontáneamente la práctica de la razón, ni el hábito de tener criterio. Alguien lee, alguien piensa, construye y reconstruye. Si se supone que el progreso en los vectores técnicos del saber, imprenta e informática, nos libera de esa tarea humana y personal, se está entonces en un grave error. Sería confundir los medios con los fines. En realidad, todo comienza en la mente y vuelve a ella. O solo es ruido, nueva barbarie. Cacofonía. Por eso debo explicar, sumariamente, la interacción entre concursos, democracia, cultura, altos niveles de profesionalización, ciencia y conciencia ciudadana.

Concursar es competir en igualdad de condiciones. Lo cual implica la práctica de lo que se llama "igualdad de oportunidades", es decir, eso que no hemos

todavía establecido en las sociedades de la América Latina, las nuestras. Por lo demás, como eres estudiante, y poco importa si eres un chico o una chica, debo decirte que los concursos son moneda corriente en otras sociedades. Conviene que te vayas enterando que el concurso final de estudios secundarios, es decir, la aprobación del bachillerato, es lo que faculta a ingresar a una universidad. En España por ejemplo, pero no es el único país con esa exigencia. Es el caso de Francia, si pasas el *BAC*, puedes inscribirte en las universidades, entonces los estudios secundarios se vuelven un derecho ciudadano, y el Estado francés debe arreglárselas en inscribirte, darte una carpeta, las condiciones de acceso a las aulas; a veces hay bochinches porque no preparan el ingreso adecuado a las clases, ni los profesores están convocados para iniciar sus cursos (todos reclutados por concurso, no hay amiguismo ni puestitos de favor). Pero debo también decirte que hay excepciones, o sea, concursos adicionales. Ciertas carreras, ciertas materias. Por ejemplo, para ser recibido en Bellas Artes, en el Conservatorio de Música, o en los Institutos Superiores llamados "Altas Escuelas", donde se forma la elite administrativa, política y científica, en esos casos, no basta el concurso de fin de estudios secundarios, la ley permite e impone otro concurso. Ahora bien, más tarde, el concurso reaparece para acceder a los puestos públicos y empresariales. Pero olvido decir acaso lo más importante. Toda la carrera universitaria, sea cual fuese la materia estudiada, humanidades o ciencias, consiste en responder cuestiones por escrito, o oralmente, en práctica ordinaria durante controles y exámenes. Claro está, hay otras formas de evaluación, los famosos "trabajos prácticos", pero no tengo el propósito de explicar por entero la vida universitaria francesa, aunque en ella viví treinta años. No ahora. No aquí. Como verás, escribir es limitarse.

No sé si estoy siendo lo claro y preciso que debería. Saber responder una cuestión (y no precisamente el tema puesto en el Concurso Weimar) es algo que se aprende y se ejercita corrientemente. Es en los estudios de secundaria, donde se aprende. Y en los estudios en los Estados Unidos, se inicia en el *high school* y sigue con intensidad en el *college*. De todos modos en aulas y mientras eres no solo joven, sino adolescente. No son muchas las técnicas pedagógicas que preparan a un número incontable de muchachos y muchachas para que puedan seguir estudios superiores. Sea cual fuesen los caminos tomados, en otros países, se intenta en países avanzados educativamente que la mayor cantidad de estudiantes acceda a métodos de disertación o de comentario (dos ejercicios que en el Perú resultan chino) aunque claro está, comentarios y exposiciones son distintos según la materia. Cuando avanzan en la especialización, obviamente, los métodos varían, sin desaparecer, adaptándose: métodos en historia, métodos en economía, etc. O

sea, sea cual fuese la materia, disciplina o campo de conocimiento, se pide que en la prueba escrita y personal, la disertación tenga un planteamiento donde se confronten conceptos, nociones, pero en orden, de forma clara y encadenada. No se pide genialidades sino sencillez. Que se explicite un tipo de conocimiento accesible a todos. Insisto, sea la carrera o disciplina que sea. La educación consiste en materias, claro está, en contenidos. Pero paralelamente, en saber leer un texto ajeno, comprenderlo, y la excelencia radica en organizar un comentario o una disertación. ¿Es lo mismo? Pues no. ¿Te habían dicho que para uno u otro, es preciso una fase de preparación y otra de redacción? Lo voy diciendo, aunque en esta carta no aborde el tema por completo. Una carta es solamente una noticia, una novedad, una sugestión. Algo es algo.

He dicho, otras culturas, otras sociedades, otras pedagogías. Ahí donde se tiende a que la mayor cantidad de gente sepa preparar un texto escrito u oral. Al decir esto me estoy llevando de encuentro un prejuicio muy arraigado en nuestro medio universitario peruano, y que consiste en creer que preparar una composición ("saber escribir" como se dice vulgarmente) es asunto de literatos, de futuros novelistas, de gente que se destina a las letras. ¿Y si te digo que no es así? Y no miento. Escriben bien en otras culturas no solamente los humanistas sino biólogos, matemáticos, físicos y astrónomos. Escriben textos argumentativos. Revisa la bibliografía de los que explican los avances del conocimiento del cosmos, las nuevas teorías de la materia, te asombrarás. Ha nacido lo que se llama una "tercera cultura", que reúne las ciencias duras y a las humanidades. Qué bien diserta John Gribbin sobre el caos y la aparición de la vida, siendo un astrofísico de Cambridge. Con qué elegancia Lee Smolin sobre la teoría cuántica en bucles. Estos científicos-escritores están ahí para explicarnos lo último en ciencia pero también para romper esquemas. Hábitos tradicionales de pereza. Muy poca gente en el mundo actual escribe tan desordenamente como es nuestro caso peruano, actual. ¿Por qué crees que escribo este método? Para que tal aberración cese. Si tu, joven lector, tomas conciencia del retardo en el que estamos.

Privar a los jóvenes de métodos, es privarlos del arte de pensar. Y es preparar profesionales a medias. En muchos casos, es convertir a los que llegan al cartón de doctor en gente intelectualmente incompleta. ¿No conoces acaso, gerentes, políticos y "personalidades" que abundan en nuestro medio, y que no dan un paso sin sus asesores de imagen a los que necesitan hasta para redactar su correspondencia personal? Y no es que no sea necesario el especialista de campaña, el publicista, no. Me estoy refiriendo a otra cosa. A la ignorancia de lo elemental. No estamos abogando porque se conozca latín, o un inglés nivel sociedad isabelina. No, al

privar de métodos a la enseñanza peruana de la secundaria a la universidad y los múltiples post, se privó de lo elemental: saber redactar en orden y con claridad, para lo cual hay que saber razonar. Ambas cosas van juntas. Como trotar e ir al gimnasio y tener buena salud. Pero eso es algo que nos ocurre a nosotros, y no me refiero al jogging. Sino a saber anotar un libro, una conferencia, a hacer una ficha, a confeccionar un plan de exposición. Confeccionar: un vestido, un traje, sombreros y calzado, una medicina, un manjar. También, aunque no te lo hayan dicho nunca, un plan de disertación se confecciona, y a la medida del interés personal, profesional e intelectual. La preocupación por la formación en métodos, desapareció de nuestras aulas tanto secundarias como superiores, por causas de las que tengo una idea clara, pero prefiero no tratar de eso ahora y aquí. Pero creo que lo esencial ya está dicho. De la obligación de saber expresarse en orden no se escapa nadie.

Acaso ahora podamos volver sobre uno de los supuestos del Concurso de la ciudad de Weimar. Hubo en sus gestores algo así como una cuestión previa. Algo que ellos habían interiorizado hasta el punto de olvidarlo. Lo diré de la manera más sencilla: si se somete a todos los participantes a una pregunta obligatoria es porque subyace en el concurso la idea de la igualdad de oportunidades. Pero hay otro sustento, igualmente subyacente. La idea de que todos los estudiantes, y en este caso, concursantes, conocen las reglas de la redacción en prosa argumentativa. Mejor dicho, vengan de donde vinieran, se trataba de personas que estaban enteradas. En efecto, no solo en Europa sino por doquier en el ancho mundo, los estudiantes son entrenados en el arte de razonar. En consecuencia, la práctica de preparar un comentario de texto o una disertación (composición escrita) un texto personal pero articulado, es algo que es anchamente conocido. Y debe de serlo, al Concurso del Weimar vino respuesta de 123 naciones. Cada quien elegía o el inglés, alemán, castellano, francés, ruso, chino o árabe. Fue una suerte de Juegos Olímpicos del saber escribir. No novelas, sino textos racionales. ¿Por qué las preguntas impuestas? ¿Conoces la gimnasia en aparatos? ¿La danza clásica? ¿El ballet? ¿O los deportes como la tabla, el levantamiento de pesas y otros? Siempre hay lo que se llama "figuras". De esto se trata en el concurso del que hablo, el de Weimar. Pero probablemente destacaron los que se acogieron a los métodos. Llegamos al punto central, el cual es preciso explicar antes de proseguir no sobre qué digo en mi texto, eso lo juzgarás tu mismo como lector, sino cómo organicé mis propias ideas. ¿Qué es, en resumidas cuentas, un método? La pregunta es oceánica pero prefiero responderte esto, de la manera más sencilla.

No nos vayamos por las ramas. Un método es una forma de trabajar. Se supone que su enseñanza se imparte en sistemas de educación que le piden al estudiante que elabore un trabajo personal, y que no lo baje cínicamente de Internet. Si eso ocurre, aparte de la inmoralidad de copiar lo ajeno, no puedo por mi parte dejar de pensar que en la mayoría de los casos, es porque los estudiantes no han sido formados para reunir notas y apuntes y redactar por su propia cuenta. O sea, las Universidades son estafadas a su vez por los estudiantes que han recibido la estafa de una educación que los priva de lo esencial, aprender a aprender. Precisamente lo contrario de lo que este libro pretende hacer, enseñar los pasos normales para preparar un ejercicio. De todo esto extraigamos, para proseguir, dos palabras claves, las siguientes: formas de trabajar y un cierto tipo de ejercicio intelectual. Para llevarlas a cabo, y esta vez es seguro que vas a sorprenderte, lo primero que debes retener es que ni pienses ya en redactar. No te precipites. No se enfrenta de golpe lo que llaman "el terror al papel en blanco". En efecto, no se escribe así nomás, de golpe, por genial que seas (y aprende esto, los genios lo son porque saben encaminar sus mentes con intensidad, dado a que conocen los métodos). No, no te lo han dicho pero te lo digo yo aquí, y tienes que creerme porque hablo de este oficio de escribir prosa tal como un artesano corriente, y me pongo en el papel de transmitir desinteresadamente un arte que es accesible a todos. Ni más ni menos que un profesor de gimnasia. O alguien que te inicie en la natación. El parangón es oportuno. ¿Te has preguntado alguna vez por qué aprendemos a nadar? Por la sencilla razón que desplazarse en el agua no es para nuestra especie algo natural sino adquirido. Para nadar en cambio tienes que aprender a brazear, flotar, respirar bajo el agua, es decir, una serie de movimientos que son aprendidos y no espontáneos. Recuerda lo que nos cuesta de niños aprender a hablar, a caminar. Te estoy diciendo algo que muchas veces se calla. Pero lo argumento teniendo detrás mío todo el peso de las ciencias del hombre, perdona. La humanidad aprendió a hablar hace unos 350 mil años. Y a escribir desde hace entre 10 y 7 mil años. La escritura no es natural, es cultural. Viene de otros, se transmite, se enseña, se adquiere. En efecto, todos los seres humanos hablan. Pero todos tienen que aprender a escribir. El cerebro del hombre se adapta, pero le cuesta. La escritura es un salto, para nadie es fácil. En la historia del ser humano se cuentan por eso 2000 culturas, pero pocas civilizaciones. Entonces, enfrentamos la realidad biológica y cultural. Escribir es necesario pero es "artificial". Es decir, como artificial es todo el conjunto de nuestras convenciones culturales (las maneras como comemos, como vivimos, con quien nos casamos y con

quien no nos podemos casar, lo posible y las prohibiciones) Así, admitirás, la lectura y la escritura son ventajas que cuestan un esfuerzo, personal, familiar, del conjunto social. Y si esto es así, si hay una artificialidad fundadora de lo humano, que permite el tránsito de la natura a la cultura, entonces, tienes que concederme que hay un conjunto de reglas y de convenciones, como en todo el resto. Y de esta manera, el comentario y el trabajo personal de redacción libre —no son lo mismo— tienen unos pasos que deberás conocer.

Adivino, sin embargo, tu objeción. Si hay reglas, entonces, redactar, hacer planes, es algo rígido, dogmático. Y en consecuencia, te dirás, no me gusta. Es más, la cosa me repugna. ¿Estás seguro? ¿No aprendiste a nadar, a jugar futbol, las reglas te impiden mostrar tus disposiciones, tu talento? Si crees eso, el método y la regla como el enemigo, entonces, siento decirte, te han engatusado y como a ti, a muchos, por decenios con el cuento chino de la creatividad. ¿Pero quién te ha dicho que reglas y creación se oponen? Ponte a pensar un poco ¿A un pintor le matan el talento si aprende que existe la perspectiva? Claro que no, después si quiere, puede optar por una escuela que la ignore, deliberadamente como los cubistas, pero nada le impide aprenderla para trazar sus bocetos y dibujos. ¿Los maestros de la música moderna ignoran las fusas y las semifusas, corcheas y semicorcheas? ¿Einstein no sabía la tabla de multiplicar? Tonterías, pavadas como dicen en Buenos Aires. Atajos de la pereza criolla. Claro que hay una creatividad en muchos peruanos, pero aquí estamos enfrentando por desgracia a una carencia que se disfraza de pedagogía de la improvisación y el desorden al cubrir la incapacidad de muchos a enseñar lo que olímpicamente ignoran. ¡Porque tampoco a ellos nadie les enseñó los perdidos métodos! (perdidos en el Perú, porque en el resto de países de la América Latina, sin ir más lejos, los conocen).

El método es una estrategia de trabajo. Sirve, por una parte, para leer bien, es decir, desmenuzar un texto por párrafos (he dedicado a este tema, a la comprensión de textos, un Manual I, que publicarán los propios maestros). Y sirve, como ya comienzas a sospecharlo, para comunicar tus propias ideas, tu punto de vista. Pero no de cualquier manera, a la loca, a la diabla. No. Método quiere decir camino, en griego *odos.* Y quiere decir, según parece (no sé griego, pero me gustaría) también ir hacia algún punto, es decir, hacia una meta. O sea, cuando hay método hay una ruta: o sea, un texto organizado tras procesos razonantes y razonados. La libre pluma sigue entonces un plan, establecido previamente. No hay borrador sino un esquema que luego se disuelve en la tarea de escribir. Los americanos hablan del "árbol de ideas". La cosa es un poco más compleja, y te prevengo, más laboriosa. En el comentario, por ejemplo, el árbol de ideas

se hace recogiendo, párrafo por párrafo, lo que dijo el autor digno de comentar o un tema preciso. Para luego tener un juicio personal (libre) sobre esas mismas opiniones, si es un comentario, preguntándote si lo que dice, aunque sea un gran pensador, es verdadero o es falso, si te parece o no te parece. En el Weimar tuve que responder una interrogación fija. De algún modo, organicé mis respuestas para resolver los implícitos de ambas preguntas iniciales.

¿Pero qué pasa cuando no hay pie forzado ni pregunta inicial? Entonces tienes tú mismo que plantear la cuestión que se aborda. Porque se supone que quieres decir algo y convencer. Lo que estoy tratando de decirte es que escribir un texto argumentativo es un acto meditativo, personal, y esto, significa que es creación. Lo cual se opone a la creencia, tan peruana, que método es rutina y en consecuencia, algo irrelevante. No, al contrario, hay que crear la disertación. Cómo el músico, gracias al pentagrama. Crearla es acto de poesía, escribir es siempre *poiêsis*, de nuevo el griego, es decir autocreación. Pero autocreación ordenada. Por lo demás, escribir con método permite argumentar. Al acudir a la razón, apuntas a la universalidad, a la validez y poder de tu mente y a que lo que sostengas sea difícil de refutar. Es un esfuerzo, sin duda alguna, eso de conocer las artes de la retórica (las hubo en cada tiempo, y el nuestro no las desconoce) pero cuando se aprende, ya estás libre, y dueño lúdico y poderoso de una manera de tener una actitud crítica, manejando opiniones contrapuestas (que se notan que lo son, porque tu mismo las organizas como tales) Entonces puedes enfrentar a autores diversos, establecer un diálogo, sin que te incomoden los planteamientos distintos. "Si bien hay quienes sostienen tal cosa, no deja de ser verdad que…". El método te libra de las definiciones sumarias, estrechas, dogmáticas. Te hace libre. Señor en el mundo infinito de la guerra de ideas.

Un último punto de esta introducción (Sí, pues, hay partes en un texto, y aquí estamos en los preámbulos, aunque necesarios). Vuelvo, por última vez, a eso de las reglas. Escribir prosa argumentativa no es lo libre que puede parecer. Es un ejercicio que tiene un basamento no visible. Voy a usar una metáfora. Vamos a decir, como en música, que existe en la escritura una suerte de partitura. ¿Y qué es una partitura? Se llama así al texto que sobre un pentagrama ubica los componentes musicales de una obra. Sea esta jazz, rock, salsa, tango o vals, lied, adagios clásicos, conciertos, sinfonías. Sea cantatas o corales, música de cámara o religiosa, operas o serenatas, todo se inscribe en un espacio reducido y con una simbología precisa. Y cuando los grandes músicos del inicio del siglo veinte dejaron la música pentatónica e intentaron pasar a la dodecafónica, no abandonaron el recurso al pentagrama, lo modificaron. Los filósofos sostienen que el asombro

es el inicio del saber. Y te invito a asombrarte de los poderes extraordinarios de ese papel música, que en un espacio reducido —cinco renglones— reúne notas, claves, compases, figuras y alteraciones, todas las posibilidades desde la clave de sol, la más usada, a si, re, fa, la y do y mi. ¿No es acaso prodigioso que todos los acordes, todas las escalas melódicas, las figuras de la redonda a la blanca y la negra y la corchea, la fusa y la semifusa, quepan en el escueto espacio de una partitura?

Ahora bien, de la misma manera como las obras de Mozart o Beethoven caben en sendas partituras, aquí sostenemos que todo texto escrito, sea cual fuese el autor, la lengua en que se exprese —desde una página densa del filósofo Kant hasta los artículos que lees en una revista o diario local— siguen, quiérase o no, unas reglas y unos signos por lo general no visibles. Salvo para la lógica. Los que en ella trabajan, saben que usamos signos como o, y, de conjunción y de disyunción, y según su aparición, el texto y su sentido cambia de rumbo. Los lingüistas saben de lo que llaman "los conectores", los "aunque", los "sin embargo" de nuestra lengua. Pero existen sus equivalentes en inglés y en francés y en italiano, en toda lengua de orígen indoeuropeo. Pero no quiero fatigarte, ni intentar aquí abordar la integridad del contenido de una iniciación al análisis de un texto, eso lo dejo para acaso un libro sobre metódica, si la vida y mis arterias me lo permiten. Por el momento, déjame que acuda, en esto de la estructura racional e invisible de todo texto, a una cómoda metáfora. Imagina, pues, las costuras internas de un traje elegante, ellas se hallan, sin duda alguna ¡pero donde no se las ve! Ahora bien ¿qué pasa cuando el que escribe (o cree que lo hace) no sabe ni siquiera por el forro, que redacta sobre un encaje de relaciones entre frases y frases, párrafos y párrafos, que subyacen a todo texto escrito? No digo que el método garantice que en todo lo que escribas tengas razón, no, pero al menos te entenderemos. No es cierto, tampoco, que el papel aguanta todo. Cuando el autor de un artículo en un periódico, una revista, o algunos, temerariamente, en libros enteros, ignorando esas reglas a las que aludo (y que no son ningún misterio, te lo aseguro) el resultado estará cantado. Estaremos con toda seguridad ante un escrito deshilvanado, caótico, mal construído. Acaso un lector se dirá entonces que ese texto no está bien escrito, sin que por su parte llegue a saber en que radique el error, porque a él tampoco le han enseñado a redactar racionalmente en nuestras escuelas. Pero con todo, obrará la selección natural, que en esta materia es más cruel que la de las especies. Dirán entonces, aunque el autor sea ministro o catedrático, mira qué ensalada, la conclusión en la primera línea, etc. Después de leer las líneas presentes, espero que la cosa quede clara.

Se puede escribir por cierto, de cualquier manera. Como hay músicos que silban, pero alguien después les escribe la tonada. En escritura no hay salida, o tu la articulas bien, o no vale gran cosa. Y es una vergüenza que ocurra entre gente inteligente y competente, pero que no pasó por ninguna escuela que le enseñara el abc del pensar. Saber expresarse por escrito, y obviamente, de modo oral, y sin necesidad de Power Point. Mi generación, los que peinamos canas, conoció otra primaria, otra secundaria, otras universidades públicas. Un saber y una práctica que luego desaparecieron bajo el peso no de técnicas mejores sino de una acumulación asombrosa de impericia y vanidad pedagógica. Pero ya me explicaré más anchamente en otra ocasión sobre esa vasta catástrofe de la educación en manos de quienes la volvieron ágrafa y oralizante. Hemos ido del palabreo al mayor palabreo. Centenas de miles de peruanos graduados, no saben redactar corrientemente una idea propia dentro de la pautas de la razón razonante. Ellos están casi perdidos, tu todavía no.

Cómo preparé mi disertación para el concurso 2000

Las líneas que siguen descansan en que tienes el texto de mi ensayo "Tiempo y destiempo" en las páginas anteriores, y con anotaciones o acotaciones en los márgenes que obviamente el texto original no trae. Las he puesto para el lector que tu eres. Es como si un pintor hiciese explícito su boceto inicial. Casi siempre lo hay, y hoy con rayos X y otras técnicas, sale a luz las veces que, por ejemplo, el pintor español Velásquez trazaba el perfil de la pata de uno de sus caballos. Pero en "La rendición de Breda", llamada popularmente "las lanzas", esas líneas organizadoras no se ven. Aquí las hago visibles, no porque me tome por un maestro como era Velázquez. Vamos a ser claros, apenas soy un artesano del arte del ensayo, pero tengo tan interiorizado eso del plan de exposición, que a mis años lo hago semidormido. Lo que pasa es que este es un texto de iniciación, y por eso, te dejaré ver las costuras, los pliegues y tijeretazos, el envés del traje, que debe ser liso y llano, sin rastros de la labor que lo preparó. ¿No has visto a los sastres que tienen sus moldes? Más o menos es lo que nos pasa a los que escribimos prosa. Con la diferencia que el molde, existiendo, se modifica en los contenidos aunque no de manera infinita (acaso ni el universo lo sea). No nos perdamos, te pondré otro ejemplo de lo que a continuación viene.

Supongamos que vas a ver el pizarrón donde con un plumón estuve registrando, a grandes rasgos, las revueltas ideas que luego se iban a transformar en la

introducción, el desarrollo (por partes) y la conclusión de mi trabajo. Es probable que si bien los 2481 trabajos seleccionados pueden en algunos casos haberlas ignorado, con toda seguridad no los 42 finalistas, y por eso calificaron (7 lenguas, 6 finalistas por lengua). De nuevo, las reglas no impiden la creatividad. Es probable también que los 42 finalistas no dijéramos ni pensáramos lo mismo. El ensayo es libre, o aparenta serlo. El fútbol, como sabes, tiene reglas. Pero siempre hay jugadores malos, regulares y geniales. Maradona improvisaba, dentro de las reglas. Aunque claro, la mano de Dios, el penal que nadie vio.

Ahora bien, lo primero que pensé, en la etapa de preparación, antes de ponerme a redactar, que es lo que el Jurado internacional del Concurso del Weimar, proponía, y me dije "*in pectore*", lo que insinuan es una paradójica memoria o recuerdo del mañana. Pues bien, volví a decirme, ¿era ése un proyecto posible? ¿La cuestión misma, era inteligible? En otras palabras, había que cuestionar la cuestión misma. No para inventarse una y ponerse a hablar de cualquier otra cosa. De haberlo hecho así, no habría calificado. ¿Cuál era, pues, el tema invocado en el Concurso del Weimar? O para decirlo para que lo pienses si te ocurre enfrentar un caso similar, ¿qué ocultas cuestiones escondía la cuestión planteada por el jurado? Me ayudó mucho, sin duda, el tomar en cuenta que la convocatoria estaba ligada al arribo del año 2000 en el planeta entero. No sé si te acuerdas, pero fue un año especial de conmemoraciones, reflexiones, debates y viajes por todo el mundo, al punto que las agencias de turismo ofrecían para ir a pasar el fin del milenio al pie de las pirámides de Egipto o las mayas de la península de Yucatán, al borde de las aguas de Benares, yo no estaba por entonces en el Perú, no sé si mucha gente vino a morodear por la pampa de Nazca o por Machu Picchu. Ese fin de Milenio fue a la vez moda y estremecimiento. Algo confuso, entre sacro y frívolo, entre esperanza y temor, recorrió el mundo entero. Otra pista me parecieron los vínculos semánticos que las preguntas establecían entre el pasado y el futuro. La respuesta caía por su propio peso, era la evidencia misma. Si el pretexto era el Milenio, el que concluía y el que advenía, entonces el gran tema era el asunto del tiempo.

El tiempo, gran tema. O mejor dicho, la actitud humana ante el tiempo mismo: inquietud, esperanza, zozobra. "El futuro es lo que todavía no ha llegado" etc. Entonces, resulta claro, en la preparación de la disertación, el tema propuesto establecía relaciones entre el pasado y el futuro. Y si esa era la idea directriz que el concursante debería atender, desde la introducción de la disertación, a sus diversas partes y la misma conclusión, entonces, mi trabajo estaba bien encaminado. Por lo demás, el tema del tiempo es un asunto que recorre varias disciplinas, desde

la filosofía a las ciencias de la cultura. Pero es tema tramposo, se presta a la vaguedad. Manejado en cambio con cuidado, es un tema rico, transversal. Es por ahí por donde lo tomé. Porque invoca diversas nociones, experiencias, situaciones en campos diversos del conocimiento tanto histórico como filosófico. Ya había hecho lo primero, situar el tema de fondo. Ahora tenía que buscar inspiración a un juego de ideas, a eso que los psicoanalistas llaman, la atención difusa. La libre asociación.

Porque te preguntarás, y con razón, joven lector, joven amigo, cómo se puede responder tal cuestión, qué dinámica interna de conceptos entran a tallar. Recuerdo que el enunciado del Concurso me provocó de manera espontánea una serie de asociaciones mentales, resultado sin duda de mis lecturas filosóficas, históricas, a la que se añadieron hasta la memoria de experiencias personales, y todo ello me asalta en ese instante de la preparación de mi disertación. Lo que se hace en esos casos, es anotar en orden disperso las asociaciones de ideas que se produzcan. Son, por una parte, como un regalo del mundo interior. Y por otra, es el primer paso, aunque no lo parezca, algo como una lista de lavandería.

Algunas metodologías un tanto perezosas, se quedan en esta etapa. Lo llaman árbol de ideas. Pero es como si en la confección de un mueble de cedro, nos quedaremos en que se cortó el árbol. Hay, pues, que ordenar las maderas, pulirlas, separarlas. Un mueble no es el árbol como un plan bien preciso de exposición no es la lluvia inicial de conceptos y nociones. Cuidado, la cosa es poner orden en tu creativo desorden personal. Orden y desorden se combinan. Si eres imaginativo, mejor. Pero el texto tiene una organización propia, que va de lo conocido a lo desconocido (y eso es Descartes). O si quieres, puedes enfrentarlo con un orden cronólogico, que va del pasado al presente, es el más fácil. Hay otro orden posible, el temático, menos sujeto a fechas, a calendarios. Más difícil. Hay otra tercera posibilidad, juntar el orden cronológico y el temático, no lo aconsejan los manuales. Por difícil. Y es el que elegí.

Lo recuerdo como si fuese ayer, las ideas que me asaltaron. Lo primero que se me vino a la cabeza era el lugar que ocupa el tema del tiempo en Bergson, filósofo francés. Esta preocupación por lo que pueden haber dicho los filósofos no era en mi caso, gratuita. Sabía que en el Jurado compuesto por notabilidades, había más de uno que era profesor de filosofía. La formulación de la cuestión del concurso, me sonaba más a las usuales en las pruebas orales y escritas de esa materia que a las de ciencias sociales, finalmente, mi formación central. Pero ese era un concurso a la vez abierto y a la vez cerrado. Todos podían intervenir pero atendiendo el pie forzado de ese par de preguntas. En fin, recuerdo que

otra de las ideas que se presentó a mi conciencia - en la fase preparatoria - fue la condición histórica del mundo latinoamericano de donde procedo, sus "futuros entreverados". En muchos casos, la yuxtaposición de presentes distintos, en Brasil, en México, en Perú, sus espacios-tiempo diferentes y a la vez colindantes. Un poco más tarde, recuerdo que me acordé del concepto del tiempo innato en la conciencia del lingüista norteamericano Chomsky al que acababa de estudiar. No fueron las únicas asociaciones mentales que me invadieron. Pensé en la flecha del tiempo en la física contemporánea, después de Einstein. Pensé en las utopías sociales. En algunas otras asociaciones, que luego dejé de lado. No hay que ser pesado. Ni abundar. Algunas referencias es suficiente.

Ahora bien, la segunda operación para preparar la disertación era sugerir un avance progresivo del texto. Y entonces dividí mi texto en dos grandes partes. Estas cosas se anuncian, forma parte de la cortesía del escritor o del expositor. "Voy a tratar del tal tema. En primer lugar voy a abordar tal cosa. En segundo lugar, me ocuparé de tal otro". En realidad, tengo la costumbre de planes divididos en tres partes, pero preferí dos para ese ensayo y para ese concurso. El tiempo y sus efectos en el pasado del porvenir. Y el tiempo en el porvenir que acaso repita el pasado y el presente. Todo esto lleva al lector, y al jurado que lo leyera, a la primera propuesta de mi texto. No sin dejar de utilizar el recurso capital: "una serie de interrogaciones". O sea, se abre con una doble operación, la pregunta interroga el tema del tiempo. Y ante este asunto, me permití una serie de cuestiones. !Estaba evitando el profetismo! Mi primera actitud fue, pues, la de la modestia: "no sabemos que harán los hombres venideros". En consecuencia, después de haber establecido que "semánticamente, pasado y presente se encuentran en el antefuturo de Bello, habré soñado," se podrá apreciar que aparecen Bergson y Einstein y también "las diversas culturas". Y todo esto me conduce a la meditación sobre el III Milenio (p. 95). Pero siempre bajo la forma de interrogaciones, y esto, desde la introducción.

Hasta llegar a la problemática. ¿El futuro es nuestro mito o un proyecto colectivo? La humanidad enfrenta, año 2000, a uno de sus grandes virajes. Y a una contaminación del tiempo presente y "las semillas del porvenir" (p.96). En otras palabras, en ese momento planteo el tema central: tiempo y destiempo. Título del trabajo mismo. Ahora bien, ¿qué diablos es una problemática?

Nuestros estudiantes, y muchos de nuestros pomposos doctores, no tienen la menor idea de que ese sea un paso en la maquinaria expositiva de una disertación, y como se verá, un paso clave. Jacqueline Russ, una de las más claras y despiertas profesoras francesas que explica el pensamiento de Sócrates a Foucault pero que

también es célebre por estupendos manuales de iniciación al arte de comentar y disertar (traducidos al castellano, por favor (*Los métodos*, editorial Síntesis, 2001) confiesa que este punto, tratándose de estudiantes europeos entrenados en estos ejercicios desde pequeños, pese a ello, cometen errores. ¡Pobre de mi, y de esta Carta, tratando de explicarme! Pero en fin, vamos escuetamente a lo que dice la profesora Russ. La problemática es parte del arte y la ciencia de desvelar un problema. Qué bella palabra, desvelar, sacar el velo. Y no como solemos hacer, corrompidos por decenios de ideologismo y palabreo, transformándo cada tema en un enigma mayor. Cuantas veces en una clase de historia, alguno de mis alumnos, desesperado puesto que no puede decir gran cosa de preciso sobre los wari o los collas, se lanza en una disertación sobre la "civilización", así, en general. Por lo general, se supone que está quedando muy bien, a mi me parece lo contrario, que está quedando muy mal. Una problemática hace dos cosas. Por un lado vincula lo que tratamos a un tema general. Pero este debe ser preciso y explícito. Situar una problemática, dice la proferosa Russ, requiere de un trabajo previo, de análisis. Y es explicitación. Quiere decir que el disertante se expresa por un juego de preguntas, por una serie de interrogaciones que el mismo organiza, y ahí está el detalle, lo que el estudiante va a desarrollar a lo largo de las etapas de su comentario o de su disertación son esas cuestiones a la cuestión que aparece en el preámbulo. Es decir, la problemática plantea la cuestión de la cuestión.

Problematizar algo, dicho sea de paso, es alejarse del talante dogmático. Es mostrar, convencer, no solo aseverar. Es evitar las generalidades, la seudodisertación, el palabreo (el resultado de decenios de pésimas ideologías seudocientíficas) La problemática sitúa y distingue. Y eso también es un hábito mental que contraría dos profundas tendencias culturales de nuestro medio. El hábito inveterado, fundado en una premisa falsa: disertar es lucirse. Y en consecuencia, cuanto más amplio sea el trato del tema, mejor que mejor. Es al revés. ¿Por qué nos fascina hasta nuestros días la prosa de José Carlos Mariátegui? Porque no se puso a explicar que era el socialismo (decenas de marxistas de su tiempo lo hicieron, y caritativamente, los hemos olvidado) sino cuál era la situación del agro, del indio, de la educación, etc. Es decir, trató del socialismo pero como una idea encarnada en lo real. Mariátegui sabía que era una disertación. ¡Y no fue a la Universidad de esos días! En la Lima de los años veinte, quien escribiera, lo sabía. Era un arte que se ha perdido. De la calidad de la prosa peruana de esos años, vale decir la calidad del pensamiento de esos años, me he ocupado en varios de mis libros. No es que escribían bien. Sino, que al unísono, pensaban y escribían

bien. Escribir es pensar, pensar es escribir. No son operaciones mentales sino entrelazadas. Como lo intento, aquí, de convencerte.

El camino de mi disertación para Weimar, a estas alturas de la preparación, ya estaba trazado. El texto prosigue (p. 97 y ss) por el estudio de lo que "la flecha del tiempo" ha intrigado a los hombres. Aparecen, sucesivamente, las utopías, las religiones, los mitos. Atenas y Jerusalén. El camino está expedito para la primera idea. (p. 99) "El futuro es nuestra más visitada temática". Referencias a Platón, Tomás Moro, Verne, y de ellos a las naves de exploración de Marte, Viking II. El repaso reúne ciertos aspectos del tema que solo la libertad e ingenio del ensayista pueden reunir. A saber, el impacto de la ciencia en el imaginario creativo, desde Mary Shelley en 1817 y su "Frankenstein" de los relatos de Wells al cine contemporáneo, "2001, odisea del espacio". Hay unas líneas que subrayan la importancia de lo visual en nuestros días. Apenas unas líneas: la elegancia del ensayo es hablar de muchas cosas, pero con apenas leves pincelazos. No olvidar la regla esencial del género: no aburrir, ser breve. Pero que lo escueto no deje de ser profundo. No es sencillo, por eso hay tan pocos ensayistas. Cualquiera escribe. Borronea unas líneas. El ensayo no se escribe, se compone. De nuevo, como la música. Tiene un orden interno. O no es ensayo, sino cacofonía, desorden de ideas, ruido.

Volviendo a mi texto, y después del desarrollo exhaustivo de la primera idea, se vuelve al tema del concurso: "El siglo XXI es esperado con curiosidad, interés, esperanza e incertidumbre". Conviene observar que se avanza por párrafos, cada uno es un concepto, una idea. "El escalofrío de lo venidero". "La expectativa del tercer milenio". "Desmentir las profecías". Por último, trato del impacto de la genética. Luego, un conjunto de interrogaciones preparan la segunda idea: ¿Qué hacer? ¿Cómo escapar a la utopía idealista ya la anticipación catastrofista?

Debo decir, fundado en mi experiencia peruana como profesor (no así con mis alumnos de otras culturas) el poco uso que hacemos de las interrogaciones. Hoy en el Perú, a mi vuelta, después de treinta años, a mis alumnos explico la ventaja de hacerse a sí mismo a cada instante una pregunta, y claro está, responderla. En el texto del Concurso de la ciudad de Weimar, un conjunto de preguntas (p.114) me permitió abrirle camino a la idea II. Así pude abordar, por separado, el asunto del milenarismo, una creencia religiosa, tanto judaica como cristiana y budista e islámica, que regresa en nuestro tiempo. Dicho sea de paso, no lo digo en ese texto, no es una buena señal. Se presta a los choques de civilizaciones, a la intolerancia, los fanatismos, la exclusión étnica o de confesión, a nuevas formas de barbarie. ¿Cómo combatirlas? En el texto hay entonces pasajes irónicos (pp.

108 y 109) Y como se trata de ocuparse de "los vaticinios del fin del Milenio", fue conveniente tomarle el pelo a los precedentes, a lo que se dijo cándidamente sobre el siglo XX desde la perspectiva del final del siglo XIX. Entre otras cosas, no se previó la violencia del siglo veinte y en rasgo extremo de optimismo, se creyó firmemente en un progreso no solamente material y moral. Pero el futuro es traidor (p. 112) Y el nuevo Milenio acaso nos encuentre a los seres humanos, más prudentes.

Ya se había abierto, pues, el camino para la segunda gran idea (p. 114 y ss). A saber: ¿en que nuestro fin de siglo es distinto a los otros? O lo que es lo mismo, ¿el futuro se presentará como continuidad de los tiempos actuales o como una radical ruptura? Si lo enuncié de esta manera, es porque era parte de mis incertidumbres, y la verdad, lo sigue siendo. Leyendo un libro de Norberto Bobbio, el gran liberal socialista italiano, mucho después que redactase mi texto de Weimar, reflexionando sobre su vida, a los 83 años, su tiempo y el nuestro, acaba en una frase pesimista: "Ni siquiera sabemos si somos nosotros los dueños de nuestro destino". No era tan pesimista cuando redacte "Tiempo y Destiempo", bañado acaso por la atmósfera de vísperas y celebraciones de esos días del fin de siglo y fin del milenio. Pero bueno, lo que hice fue encarar la segunda parte de mi exposición, mediante una propuesta razonada, la que sigue: si el futuro es continuidad, entonces, puede conllevar elementos positivos: las condiciones postindustriales pueden reiventar las sociedades humanas.

No quise, recuerdo, ser ni optimista ni pesimista. Por eso añadí otras reflexiones en ese preciso momento de mi explicación, más bien preocupadas. Así dije que es posible que aparezcan con las nuevas máquinas, con la concentración de información y poder, con la emergencia de una elite cosmopolita y nómade, nuevos despotismos. (que no ejercerán de la misma forma que los anteriores, fascismos dulces, escondidos tras el consumismo masivo, tras el placer permitido, todo con tal que la vida verdadera, como la llamó H. Arendt, siga en manos de grupos reducidos, una aristocracia secreta que no se exhibe, ni dará cuenta de sus actos a nadie) A partir de ese momento, mi ensayo se vuelve un análisis político de la globalización (pp 123 y ss). Y prosigo diciendo: puede haber entonces enormes riesgos: un despotismo supraproductivista. Un Mercado que no crea sino ganancias y no mayor trabajo. En este punto, llevo la negra conjetura hasta sus límites "la sociedad abierta de Popper estuvo a punto de perecer dos veces, con el nazismo y el comunismo". Para no aparecer como un dogmático, ni serlo, desarrollé la idea bajo la forma de interrogaciones. Los progresos técnicos y una política despótica ¿es exagerado asociarlos?

En fin, acercándonos al final, de alguna manera preparándolo, se insinúa algo que será la conclusión y a la vez que es vuelta a la propuesta del concurso. Este es un recurso retórico muy frecuente, volver al comienzo, pero para rematar. Así, insinúo, de cara al Jurado, que hay como un leve voluntarismo en la idea de "liberar el pasado del futuro" que ellos plantearon. Sin embargo, la mudanza de la historia, nos prepara acaso a otra cosa. Opinión personal acompañada de dudas, de prudencia: si el futuro es lo indeterminado ¿nos esperan sociedades más humanas, más lúcidas? Ni contesto, ¿cómo podría hacerlo? Nadie lo sabe.

Hubo, en fin, que abordar el final. Mi conclusión fue ésta: el futuro es indecernible. "Vana sombra de sombras en el fluir del tiempo". Dicho sea de paso, se notará como se repite la idea principal, el tiempo. ¿Y que debemos, entonces, hacer? "Reconciliarnos con nuestras posibilidades presentes. No olvidar nuestras tareas inmediatas: el hambre, la contaminación, los derechos humanos, la equidad. Una frase final remata el texto, tomada del Evangelio: "Que los muertos entierren a sus muertos" Mateo, 8:22. O sea, vivamos. No lo dije entonces, lo confieso ahora. Por razones que son largas de explicar, estaba estudiando a los filósofos griego/cristianos, los llamados neoplatónicos de los primeros siglos de nuestra era. Ellos intentaron una moral, los estoicos, para tiempos en que algo se deshacía, el orden romano, y algo nacía, sin que pudiese saber que era. Equivocado o no, ellos a veces siguen guiándome, su lectura, con mucho más provecho que las apresuradas versiones tanto catastróficas como ilusionadas en el progreso de muchos de mis contemporáneos. Pero, la sombra de mis cuitas y reflexiones personales sobre el texto mismo no aparecen en el mismo. Es infrahistoria. Era itinerario intelectual que entonces no venía al caso.

Mi sentimiento era que se perdía mucha energía y seso en pronósticos sobre el Milenio, ahora lo confieso. No me gustaba por dos razones. Una racional: las interacciones de ciencia, técnica, mercado y política son como evidentes, son inconmensurables. Y en consecuencia, ni el más potente ordenador podría reducirlas a un pronóstico acertado. La otra razón es mi fastidio ante la ola de temores y esperanzas de esos días. Esa suerte de neurosis colectiva de las celebraciones. Acaso porque no me terminaba de agradar tanto ruido por un calendario, que como toda medida del tiempo, es cultural y relativa. Ni los musulmanes ni los mayas celebrarían esa fecha. El trabajo acaba con una nota realista. Acaso por eso no llegó más lejos. A los finales, ciertamente. Entre miles de ensayos. Pero concursar es acatar los resultados, y es lo que hago. Me sirvo del texto, que tengo entendido fue republicado en varias lenguas, para los usos didácticos de este breve tratado del arte del ensayo. Los nuevos tiempo, me parece, por su complejidad

y la perplejidad de los seres humanos, acaso más que ninguna otra era de la historia, enfrentarán una serie masiva de hechos nuevos y de acumulado efecto, y así, serán tiempos propicios al ensayo. Género libre e imaginativo, nacido para tiempos donde las certezas, precisamente, no son lo que abunda. Y eso son los tiempos nuestros. Cuando se hace ensayo, a veces antes que otros humanistas y científicos, se lee, no las señales de la ciudad celeste sino los de la ciudad terrestre, por lo general temibles.

Tiempos en que el ensayista ante el ruido del mundo se abre camino acaso confiando no solo en su vasta biblioteca personal (somos gente de eso, de la imprenta) acaso en su experiencia, en la conversación con unos cuantos amigos dilectos (sí, ese azar, los amigos) o por último, familia de solitarios, en su conciencia. Y aquí viene la puñalada final: en la leve llama interna de la propia razón. Parece egoísmo y no lo es. ¿El *cogito* de Descartes? Sin duda, pero algo más. ¿El yo existencial de Sartre que llama a cada quien al uso de su propia libertad? ¿Y a la saludable angustia de la responsabilidad que la propia libertad presupone? Sin duda pero algo más. Me atrevo a proponerla pese a mi agnosticismo: la "luz interior" de la que habló Agustín, obispo de Hiponia, en el 430, mientras las hordas bárbaras asediaban la ciudad en que vivía. Pero siempre hay hordas bárbaras, cada civilización tiene las suyas. En los tiempos nuestros, los que creen que se puede escribir de cualquier manera y sin la cordialidad de usar métodos. A cada tiempo su barbarie.

Hugo Neira
Junio del 2008

El método de preparación del trabajo

Este esquema es el borrador, o un pizarrón si te parece, que se supone permitió en su momento preparar el texto del ensayo «Tiempo y destiempo» que aquí hallaras en las páginas anteriores. No creas, sin embargo, que hay narcicismo o vanidad en exhibirlo, o colocarlo aquí, sino algo más sencillo y sincero. Lo pongo que se sepa, y tu el primero, que escribir textos argumentativos (comentarios, disertaciones) y personales que entonces se llaman «ensayos», es un oficio como cualquier otro, y tiene sus trucos, sus preparativos. Rara vez los escritores los entregan. En mi caso, predomina mi vocación pedagógica sobre cualquier tendencia a esconder lo que a mi me permite escribir con claridad (tener o no razón, ¡esa es otra cuestión!)

Se nos ha impuesto un ejercicio forzado (es un Concurso de carácter planetario) que consiste en elaborar un texto de ensayo que tome en cuenta dos preguntas concretas, puestas por un Jurado Internacional:

- ¿Liberar al futuro del pasado?
- ¿Liberar al pasado del futuro?

Si el estudiante no tiene preguntas, debe elaborarlas él mismo al comienzo de su interrogación. Siempre (las preguntas que él mismo se haga, limitan el campo de exposición. Lo precisa. Evitan el palabreo).

Primera acción

Poner en claro la dificultad que salta a la vista. El concurso propone una paradójica memoria o recuerdo del mañana. Hay que explicitar esta dificultad ¿es un proyecto posible? ¿es un proyecto inteligible?

Lo que sigue en el texto después de la introducción, en lo que se llama la problemática. Es decir, La matriz central del tema. Que el autor debe establecer: no se halla en las preguntas del Jurado.

La problemática en este caso fue el tema del tiempo y la actitud humana ante el tiempo mismo: inquietud, esperanza, zozobra:

- "El futuro es lo que todavía no ha llegado".
- "El tema propuesto establece relaciones entre el pasado y el futuro" etc.
- El tema del tiempo (Bergson, el filósofo francés).
- "Los futuros entreverados".
- "El concepto del tiempo innato en la conciencia" (Chomsky).
- La flecha del tiempo en física. Las utopías.

Ya está listo el terreno para la primera propuesta.

Idea I. El futuro es nuestra más visitada temática

Referencias: Platón, Tomas Moro, Verne, las naves de exploración de Marte, Viking II.

Desarrollo exhaustivo de esta primera idea.

Por párrafos (a cada idea, un párrafo):

- Mucho ante de los descubrimientos del XVI, los griegos.
- Mención de las utopías, luego, viajes, Gulliver, etc.
- Jules Verne, evocación del siglo XIX.
- La ciencia, que amedranta: Frankenstein (M. Shelley).
- Literatura de anticipación, siglo XX.
- El cine: "Odisea del espacio".

Se vuelve al tema del concurso: "El siglo XXI es esperado con curiosidad, interés, esperanza e incertidumbre".

Por párrafos:

- El escalofrío de lo venidero.
- La expectativa del tercer milenio.
- Desmentir las profecías.
- Lo último: el impacto de la genética.

Luego, un conjunto de interrogaciones que preparan la segunda idea: ¿Qué hacer? ¿Cómo escapar a la utopía idealista y a la anticipación catastrófista?

Idea II. El futuro, continuidad y ruptura

Dejemos el reguero de profecías, utopías, mesianismos, etc
Propuesta razonada: Ahora bien, si el futuro es continuidad.

Por párrafos:

- De un lado, el lado positivo: las condiciones preindustriales pueden reiventar las sociedades humanas.
- Del otro, las nuevas máquinas, concentrando mayor informacion y poder, permiten la emergencia de una élite cosmopolita y nómade.
- Los riesgos: el despotismo supraproductivista. Un Mercado que no crea sino ganancia, no mayor trabajo, etc.
- Se lleva la negra conjetura hasta sus límites: "la sociedad abierta de Popper estuvo a punto de perecer dos veces, con el nazismo y el comunismo".
- Se desarrolla la idea pero bajo la forma de interrogaciones: técnica, política despótica y porvenir, ¿es exagerado asociarlas?

Finalmente
Se insinua algo que será la conclusión y a la vez que es vuelta a la propuesta del concurso. Hay como un leve voluntarismo en la idea de liberar. Sin embargo, la mudanza de la historia, nos prepara acaso a otra cosa.

Opinión personal acompañada de dudas, de prudencia:

- Si el futuro es lo indeterminado, nos esperan sociedades más humanas, más lúcidas?
- Conclusión, reconciliarnos con nuestras posibilidades presentes. No olvidar nuestras tareas inmediatas: el hambre, la contaminacion, los derechos humanos, la equidad. Y una frase final, que concluya: "*Que los muertos entierren a sus muertos*" (Mateo, 8. 22).

Esquema todavía más abreviado del trabajo de escritura

Lo que estaba en el pizarrón del cuarto de trabajo se vuelve una simple nota de media para organizar, por ejemplo, una exposición verbal (Sin ayuda de Power Point). El papelito bajo la mesa que tienen la mayoría de los grandes oradores, esa ayuda memoria al que echan una mirada de vez en cuando para no perderse, o irse por las ramas, u olvidarse de algún punto esencial.

Introducción
- Las dos frases del concurso.
- Sus diversas dificultades.

Problemática, es una preocupación mayor, la del tiempo.
Idea primera: El futuro como temática, diversos ejemplos.
Idea segunda: Para nosotros, el futuro como continuidad y a la vez, como ruptura.
- ¿Por qué es continuidad?
- ¿Por qué es ruptura? La mudanza o sorpresas de la historia

Conclusión: el futuro es opaco, indescernible. Por ello, dedicarnos a nuestras tareas posibles: el hambre en el mundo, los derechos humanos, la equidad.

"Que los muertos entierren a sus muertos" (Mateo 8:22)

El presente ensayo tiende a disminuir los miedos y temores en el mundo, cercanos al Tercer Milenio.

Resultado y correspondencia del Concurso de Weimar

Objet: International Essay Prize Contest
Date: Fn, 10 Dec 1999 17:03:58 +0100
De: Lettre International <lettre@lettre.de>
A: hugo.neira@mail.pf

Cher M. Hugo Neira, Merci pour votre fax. Nous vous envoyons la déclaration de presse et la liste des gagnants. Le classement n'a été fait que pour les dix premiers finalistes et les discussions du pré-jury espagnol ne donnent qu'un petit résumé que voici sur votre contribution:

> *"Una revisión de los recursos espirituales con los que contamos en un fin de siglo donde los totalitarismos no han sido derrotados y donde la justicia no parece atender las demandas de las mayorías. Obra de un pensador claramente democrático, rehuye tanto al optimismo como al pesimismo y privilegia la busqueda de los matices en el orden social."*

Traduction:

Commentaires du pré-jury espagnol / Weimar

> *"Une mise au point des moyens spirituels dont on dispose dans cette fin de siècle où les totalitarismes n'ont pas été vaincus et où la justice ne semble pas répondre aux demandes*

des majorités. Œuvre d'un penseur clairement démocratique, sa pensée se refuse tant à l' optimisme qu' au pessimisme et privilégie la recherche des nuances dans l'ordre social."

Bien cordialement,

Esther Gallodoro

International Essay Prize Contest Rosenthaler Str. 13, D- 10119 Berlin Tel. 0049-030-308 704 61 Fax. 0049-030 283 31 28 E-mail: lettre@lettre.de

Press release

2,481 essays in 7 languages from 123 countries were submitted in the International Essay Prize Contest organised by Weimar 1999 - Cultural Capital of Europe GmbH and Lettre International

Berlin/Weimar, 4 December 1999

The International Essay Prize Contest was initiated two years ago by Weimar 1999 - Cultural Capital of Europe GmbH and the culture journal Lettre International in cooperation with the Goethe Institute. Contributions could be submitted in the six UN languages —English, French, Russian, Chinese, Arabic, and Spanish, as well as in German, the language of the organisers—. Seven preliminary juries (one for each language) consisting of between 3 and 5 judges short-listed 43 texts from the list of essays. The authors' identities were not revealed to the judges. These 43 entries were tranelatod into English and then evaluatod by an eighth jury which was international and interdisciplinary in composition. For further information, please contact: Secretariat of the International Essay Prize Contest

phone: (0049) 030–30 87 04 61
fax: (0049) 030–283 3128

Pre-Jury members:

English language Pre-Jury:
- Ama Ata Aidoo (Ghana, poet)
- Sudhir Rakar (India, psychoanalyst)
- Alberto Manguel (Canada, writer and specialist in literary studies)
- Masao Miyoshi (USA, specialist in literary studies) and
- Israel Rosenfield (USA, cognitive scientist).

French language Pre-Jury:
- Sergio Benvenuto (Italy, psychoanalyst),
- Nilufer Gole (Turkey, soclologist),
- PiUS Ngandu Nkashama (Congo/ France, poet and writer),
- Michel Surya (France, philosopher) and
- Philippe Videlier (France, historian).

Spanish language Pre-Jury:
- Victoria Camps (spain, philosopher),
- Marco Glantz (Mexico, specialist in literary studies),
- Santiago Rovadloff (Argentina, philosopher),
- Rodolfo Stavenhagen (Mexico, anthropologist) and
- Juan Villoro (Mexico, writer).

Authors of the 33 Essays of the Final Round:
(*alphabetical order*)

- Mohammed Abed Al-Jabri (Marocco): Prize Question
- Muhammed Ramal Al-Labwani (Syria): A New World - A New Holy
- Alberto Blanco Carbonell (Colombia): The Unfinished Society
- Paolo Bernadini (Italy):
- Xiaoquan Chu (China): Golden Age of Perfection
- Robert Earle (USA): Mansions in Eternity
- Boris Falkow (Germany): The Eternal Gypsy of Growing Accustomed to Freedom
- Sieglinde Geisel (Germany): Discovered Past, Invented Freedom
- Patrick Guyon (France): Reinventing Renaissance
- Frank Hofmann (Germany): Garden Time Epigonally

- Abdullah Ramel Shiaa (Belgium): Prize Question
- Patrick Rerans (Canada): Prize Question
- Luaai Khalil (Syria): The Swing. Activation of Time
- Weishan Li (China):If the Future Casts Aside the Past, Will the Past thenBe Able to Not Cut itself off From the Future?
- Matthias Luetkehermoelle (USA): Liberating the Future from the Past: The Promise of History and Its Failure
- Israil Masus (Russia): The Triple Face of Life
- Robert S. Mayo (Canada): Prize Question
- Hugo Neira (Tahiti): Time and Untimeliness
- Vladimir Orlov (Russia): Ecce Canis
- Pavel Pepperstein (Switzerland): Ecology. Memory in Service of Oblivion
- Valeriy Piskunov (Russia): Isaac, Son of Abraham
- Philippe Reynaud (France): Prize Question
- Yussuf Salama (Syria): Prize Question
- Erika Schelby (USA): Prize Question
- Michail Schulmann (Russia): While Time Still Exists
- Quentin Seddon (Great Britain): Prize Question
- German Sierra-Paredes (Spain): Prize Question
- Eduardo Subirats (USA): Future without Past, Past without Future?
- Georges Tamer (Germany): Realisation of Freedom
- Alejandro Torres (Colombia): The Rusty Freak Offspring of Time
- Martin Vaçulik (France): A Promise of Pure Happiness
- Florian Felix Weyh (Germany): The Day of the Demon
- Martin Alonso Zarza (Spain): Prize Question.

Lettre International
Rosenthaler Str. 13
D-10119 Berlin